



# JUEGOS ARDIENTES

TARA CRESCENT

# **JUEGOS ARDIENTES: UN MENAGE ROMÁNTICO**

---

# TARA CRESCENT

*Traducido por*  
CINTA GARCÍA DE LA ROSA

Copyright © 2019 Tara Crescent  
Todos los Derechos Reservados  
Traducción del original de Cinta García de la Rosa  
<http://cintagarcia.com>

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ningún modo, ni por ningún medio electrónico o mecánico incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de la información, sin el permiso por escrito de la autora. La única excepción es cuando alguien escriba una reseña, ya que podrán citar fragmentos cortos en sus reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, e incidentes son producto de la imaginación de la autora o han sido usados de modo ficticio. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos, o lugares es pura coincidencia.

 Creado con Vellum

# ÍNDICE

## Juegos Ardientes

1. Nina
2. Scott
3. Zane
4. Nina
5. Scott
6. Nina
7. Zane
8. Nina
9. Scott
10. Nina
11. Zane
12. Nina
13. Nina
14. Scott
15. Nina
16. Zane
17. Nina
18. Scott
19. Nina
20. Zane
21. Nina
22. Zane
23. Nina
24. Scott
25. Nina

## Epílogo

[Lean un Fragmento Gratis de Palabras Ardientes](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Tara Crescent](#)

## JUEGOS ARDIENTES

**Cinco noches. Sin reglas. Sin límites. Es la hora de los Juegos Calientes.**

Érase una vez, en un tiempo muy lejano, yo me había enamorado de Scott Leyland y Zane Marshall. Nuestro trío había sido sexi, caliente, y apasionado. ***Yo pensaba que duraría para siempre.***

Me equivoqué.

**Todo termina.**

Ahora Scott y Zane están en New Summit con la intención de recuperarme, y yo estoy igual de decidida a resistirme. Ya me enamoré de ellos una vez. No permitiré que vuelva a suceder.

Entonces proponen un **desafío**, uno cuyo premio es mi **corazón**.

**Cinco noches con ellos.** Cinco noches de **placer**. Cinco noches de **pecado travieso**.

Y al término de esos días, si aún quiero alejarme, ***ellos no me detendrán.***

Es un reto que pretendo ganar.

***Aunque no estoy segura de querer hacerlo.***

## NINA

—¿Qué es eso que he oído de que el doctor Bollington va a vender tu edificio? —me pregunta Maggie—. ¿Es uno más de los chismes de New Summit, o es verdad?

—Es cierto —confirmando tristemente—. Me habló de ello la semana pasada.

El doctor Bollington, mi cruz, mi casero del infierno, ha decidido poner en venta el edificio que alberga mi bar, La Coqueta Alegre. Normalmente me habría puesto a dar volteretas por la calle ante la idea de tener un nuevo casero, pero la economía de New Summit está floreciendo y varias franquicias van husmeando en busca de oportunidades inmobiliarias de primera. Si le vende el edificio a una de esas franquicias, no tengo duda de que me desahuciarán.

—Voy a intentar no ponerme nerviosa por ello.

Maggie, Becky, y yo estamos en el China Garden, el restaurante que Maggie dirige junto con su madre y su hermano. Las tres hemos adoptado la costumbre de comer juntas una vez a la semana, normalmente los martes.

Mia y Cassie se unen a nosotras con frecuencia, pero ambas tenían otros planes hoy. Cassie está pintando el salón de la casa que sus dos hombres, James y Lucas, están reformando, y Mia está con sus novios, Ben y Landon, en Nueva York, en una especie de firma de libros.

Sí, lo han leído bien. Mis dos amigas están en tríos. New Summit es el paraíso de los *ménage à trois*. A este paso, toda la ciudad se

verá implicada en relaciones poco convencionales, y las costuras de las leyes de la realidad se rasgarán.

No es que yo tenga tiempo de pensar en todo eso. A pesar de lo que les he dicho a Maggie y a Becky, me he pasado la semana pasada aterrorizada ante la idea de la inminente venta. Cuando abrí La Coqueta Alegre quince meses antes, mi padre me prestó cien mil dólares para que mi negocio pudiera despegar. Desde entonces le he entregado cada dólar que gano y que me puedo permitir. Voy bastante adelantada con la devolución de mi préstamo, pero aún le debo sesenta mil dólares. Si me veo obligada a reubicar La Coqueta Alegre, estaré jodida.

—¿El doctor Bollington no acaba de venderles a Ben y a Landon el edificio de Mia? —pregunta Becky con el ceño fruncido.

—Sí.— Está helando fuera, y el gran bol de sopa agridulce caliente mis entrañas mientras la tomo—. Por desgracia, la tienda de muebles junto a mí acaba de cerrar y no consigue encontrar otro inquilino para ella. Sin inquilinos...

—Se le está acabando el dinero —Maggie sacude la cabeza—. Mi madre siempre pensó que Bollington era terrible con sus finanzas. ¿Encontrará comprador?

Seis meses antes habría estado segura de que el tiempo jugaba a mi favor, pero New Summit estaba creciendo de un modo inesperado. Están construyendo una enorme urbanización en las afueras de la ciudad. Matthew Steadman, el capataz de la construcción, nos dice que las casas estarán a la venta en primavera y espera que todas las casas se vendan.

—Mucha gente joven trabaja desde casa actualmente —me dijo la semana pasada, sonando sorprendentemente como un agente inmobiliario—, y no pueden permitirse vivir en Manhattan.

Antes de que Bollington soltara su noticia bomba, yo estaba bastante encantada con la inyección de gente nueva en la pequeña ciudad que ha sido mi hogar durante los últimos veinte meses. Pero ahora la floreciente economía está en mi contra. Los edificios del centro se han convertido de repente en productos muy deseados. Starbucks compró un edificio en la esquina noroeste de Water y Main el año pasado, y las franquicias están husmeando en busca de espacio que alquilar.

—Esperemos que no —digo, cruzando los dedos sobre mi regazo—. Hablemos de otra cosa. Maggie, ¿qué novedades tienes?

—Mi madre va a comprar una casa —responde. Agarrando un rollito de primavera, lo moja en un pequeño recipiente de salsa de ciruela picante que tiene al lado—. Fuimos a ver la casa piloto de la nueva urbanización ayer.

Levanto una ceja sorprendida.

—¿Vas a mudarte fuera del centro?

Una amplia sonrisa aparece en su rostro.

—Yo no —responde—. Mi madre. Va a vivir sola.

—Vaya —Maggie volvió a mudarse al apartamento de su madre cuando su padre murió, y lleva viviendo con ella desde hace tres años. Aunque Maggie nunca se queja, sospecho que ha sido todo un reto para mi amiga—. ¿Qué lo ha provocado?

Becky suelta una risita.

—¿No lo sabes? —pregunta—. La señora Zhang y Patrick Fowler fueron vistos paseando por el parque juntos. Fueron al cine la semana pasada, y el sábado por la noche el Corolla rojo de la señora Zhang estuvo aparcado en la puerta de la casa de Lucas y James *toda la noche* —se sirve arroz frito en su plato desde la bandeja del centro—. Maggie, has crecido aquí, así que quizás seas inmune a ello, pero esta ciudad es tan chismosa que es una locura.

—Dímelo a mí —gruñe Maggie—. Cada vez que voy al supermercado, la señora Fischer intenta sacarme información. Incluso tuvo la caradura de preguntarle a Dominic cómo se sentía ante la idea de que Patrick se uniera a nuestra familia.

El hermano de Maggie es intensamente celoso de su intimidad. Tengo que reprimir una risita cuando me imagino su reacción ante la intromisión de la señora Fischer.

—¿Cuándo se muda?

Todavía queda un rollito de primavera en el plato y nadie parece quererlo. Becky ha pasado al arroz y Maggie tiene un rollito a medio comer delante de ella. Ya me he comido tres de esos deliciosos rollitos y me pregunto en silencio si parecería muy avariciosa si cojo el último.

—No estoy segura —responde Maggie—. Creo que la cuadrilla de Matthew aún tiene que terminar los interiores. Zane pensaba que

pasaría un mes antes de que ella pudiera recibir sus llaves.

«Zane.» Mi corazón deja de latir cuando oigo ese nombre. «No puede ser.» El Zane que yo conocía era estrella del rock, no promotor inmobiliario.

Solo que Zane no es un nombre muy común.

—¿Zane? —pregunto, asombrada de que mi tono se mantenga casual—. ¿Es el de la inmobiliaria?

Maggie niega con la cabeza.

—Es el cantante de un grupo llamado Evolving Whistle —contesta—. Charlamos un rato mientras nos enseñaba el lugar. El padre de Zane es el constructor y Zane le está ayudando, creo, mientras él y su amigo Scott trabajan en su nuevo álbum —se abanica de un modo exagerado—. Son dos hombres guapísimos —añade.

Becky deja el solitario rollito de primavera en mi plato mientras Maggie continúa hablando.

—Estuvieron preguntando por La Coqueta Alegre —dice—. Creo que podrían tocar en tu noche de micro abierto.

Y con esas palabras, mi apetito desaparece por completo.

En cierta ocasión, yo había estado locamente enamorada de Zane Marshall y Scott Leyland. Durante año y medio viajé con su grupo mientras iban de gira por Norteamérica y Europa. Lo había dejado todo por ellos hasta que me quedó meridianamente claro que, aunque yo estaba enamorada hasta las trancas de ellos, mis sentimientos no eran correspondidos.

Así que un día me marché y, justo como había sospechado, ellos nunca intentaron averiguar por qué. ¿Por qué iban a hacerlo? No tenían escasez de mujeres desesperadas por ocupar mi lugar al lado de las estrellas del rock que eran tan sexis que debería ser pecado.

Ahora, veinte meses más tarde, están en New Summit. Mis emociones están patas arriba. Furia y rabia entran en conflicto con la profunda herida que pensaba que el tiempo había curado. La semana pasada tuve finalmente una cita por primera vez desde que dejé a Scott y a Zane. He intentado olvidarles. He luchado con todas mis fuerzas para tener paz mental.

Y aquí están para arruinarlo todo. Para destrozar mi corazón otra vez.

Pero esta vez no se los permitiré.

---

**SCOTT**

**T**odo se desmoronó cuando Nina se marchó.

Evolving Whistle era nuestro grupo de garaje. Zane era el vocalista y a veces tocaba el piano. Yo tocaba la guitarra principal. Jeremy Knox era el bajo, y Andy Lloyd tocaba la batería. Éramos cuatro chicos que fuimos al instituto juntos, nos creíamos músicos, y tocábamos porque nos gustaba.

Entonces una de nuestras canciones fue seleccionada para un anuncio televisivo y Evolving Whistle explotó.

Al principio la fama era adictiva. Noche tras noche, las chicas se nos lanzaban al cuello, todas deseando probar la polla de una estrella del rock; nosotros éramos jóvenes y estúpidos, y nos encantaba.

Pero todo se volvió aburrido jodidamente pronto.

Recuerdo la noche en la que decidí que estaba harto. Algunas chicas habían subido a nuestra suite después del concierto. Nos arrancamos la ropa, encendimos porros, abrimos botellas de cerveza. Una fan rubia había estado frotando su coño contra mi polla cuando mi madre llamó, y me di cuenta de que me daba vergüenza contestar al teléfono. Me daba vergüenza ser la persona en la que me había convertido.

Un par de meses después, Zane y yo conocimos a Nina en Boston. Habíamos terminado un concierto y estábamos buscando un sitio donde comer en el North End. Mientras caminábamos junto a un diminuto bar, vimos a la solitaria camarera que estaba

trabajando en el local, una diminuta mujer de pelo oscuro con ojos verde botella. Ella levantó la mirada y nuestros ojos conectaron. Ahí lo supe. Ella era la elegida.

No había durado. Dieciocho meses más tarde, un día después de su vigésimo-quinto cumpleaños, hizo las maletas y nos abandonó.

Durante meses tras la partida de Nina, me dolía respirar. No conseguía componer nuevas canciones. Me quedaba mirando mi guitarra y mi estómago se retorció formando un nudo. Fue un completo desastre.

Ahora estamos en la ciudad donde Nina vive, y tanto Zane como yo estamos evitando hablar del tema tabú. Sabemos que es la dueña de un bar en la ciudad, pero ambos nos estamos manteniendo alejados de él.

Nina me rompió el corazón cuando se marchó sin hablar con nosotros, dejando solo una breve nota pedante que no explicaba nada. No quiero encontrarme con ella y no quiero recuperarla. Nunca voy a concederle a nadie ese tipo de poder sobre mi corazón.

---

**ZANE**

**N**o estoy en New Summit por Nina. Solo estoy aquí porque mi padre necesita un favor.

Esto es lo que pasa con mi padre. Es un buen hombre, pero es un loco adicto al trabajo. Su compañía de construcción siempre ha sido lo primero en su lista de prioridades. Eso lo sé. Mi hermana lo sabe, y mi madre también lo sabe.

Solo que, tras treinta y cuatro años de sentirse como una segundona, mi madre tuvo suficiente. Hace tres meses que lo dejó, y esa fue la llamada de atención que mi padre necesitaba. Fue tras mi madre, le prometió que las cosas serían diferentes, y desde entonces ha estado sistemáticamente buscando gente para que se haga cargo de todos sus proyectos.

—La urbanización está casi acabada —me había dicho cuando llamó—. Todo lo que tienes que hacer es dirigir el proceso de ventas.

—En New Summit —había dicho yo secamente. Sí, está bien. Lo admito. No soy un puto santo, ¿está bien? Busqué a Nina en Google para ver dónde había acabado viviendo.

—Por favor, Zane —había dicho.

Fue su “por favor” lo que me convenció. Mi padre nunca me ha pedido nada. No se quejó cuando me marché para tocar con mi grupo en vez de unirme a su negocio. Se pasa todo el tiempo trabajando, pero nunca he dudado que me quiere.

Así que aquí estamos. El momento es bastante conveniente. Por primera vez en meses no tenemos nada programado en nuestras agendas. Tras más de cinco años de estar de gira sin parar y de grabaciones sin fin, finalmente tenemos tiempo para tomarnos unas vacaciones.

Hay muy poco que hacer en New Summit: no hay discotecas, ni conciertos clandestinos, nada. El único bar decente está regentado por mi ex novia. Pensé que echaría de menos la energía de Manhattan, pero la tranquilidad es sorprendentemente agradable.

Llaman con fuerza y repetidas veces a la puerta principal. Frunciendo el ceño ante el ruido, me dirijo a abrirla.

—Si es alguna cría vendiendo galletas de las Girl Scout, me voy a poner de mal humor —murmuro con pesimismo.

Scott levanta la mirada con una sonrisa.

—No le arranques la cabeza a la niña —aconseja—. Es por una buena causa. Cómprame un par de cajas de galletas de menta.

No hay ninguna Girl Scout en la puerta.

Es Nina.

Viste vaqueros y un jersey negro de manga larga. Una bufanda de lana color verde musgo rodea su cuello. Sus mejillas están sonrosadas por el frío y sus ojos verdes brillan de rabia. Y cuando la veo, los dos años desaparecen.

—¿A qué coño estás jugando, Zane? —comienza a decir con voz baja y peligrosa—. ¿Qué estás haciendo en mi ciudad?

Por el rabillo del ojo veo que la furgoneta de Matthew aparca delante de la última casa por terminar.

—¿Te gustaría gritarme en la calle, o prefieres entrar?

Ella ve a Matthew y suelta una maldición por lo bajo.

—Bien.

Me aparta para entrar furiosa en el salón, con una mueca enfadada en el rostro. Nina es bastante diminuta, pero cada centímetro de su cuerpo irradia ira.

Han pasado veinte meses desde que se marchó. «Pensaba que ya la había olvidado,» pero el calor que recorre mi cuerpo me dice que no soy tan inmune a Nina como me gustaría ser.

El cuerpo de Scott se queda rígido cuando la ve y sus ojos se vuelven precavidos.

—Nina —dice—. ¿A qué debemos este placer?

—No —ella sacude la cabeza con vehemencia—. No vamos a charlar educadamente, Scott. No tienen derecho a hacer esto. No pueden entrar contoneándose en New Summit, y no pueden pisotear mi corazón otra vez —respira hondo y, cuando continúa, la vida ha desaparecido de su voz—. ¿Por qué están aquí, y cuándo se marchan?

Scott aprieta los labios con rabia.

—Tal vez nos mudemos aquí —responde fríamente—. Siempre he querido dirigir una sala de conciertos, y he oído que hay un edificio vacío junto a tu bar —su sonrisa no llega a sus ojos—. ¿No está tu edificio a la venta? Puede que lo compre.

El rostro de Nina se queda pálido.

—No lo harías —susurra, con sus manos apretadas formando puños—. Ni siquiera tú llegarías tan lejos.

Scott se encoge de hombros.

—Ya me conoces, nena —dice sin piedad—. Soy un cabrón con un puto montón de dinero.

Debería ponerle punto y final a esa conversación. Scott no tiene intención de quedarse en New Summit. Solo está atacando desde el centro de su dolor. Solo que yo no quiero ser el pacificador y no quiero aliviar sus miedos. «Pensaba que ya la había olvidado,» pero la rabia en mi corazón hace que me dé cuenta de que me estaba mintiendo a mí mismo.

—¿Por qué estás actuando como si tú fueras la parte agraviada, Nina? —la miro enarcando una ceja—. Estuvimos juntos durante dieciocho meses, pero ni siquiera pudiste despedirte en persona. Ni siquiera un aviso. Solo te marchaste una noche mientras estábamos en el escenario... ¿y eres tú quien está enfadada con nosotros?

Mi voz comienza a subir. Respiro hondo y me obligo a calmarme.

Nina suelta una risa aguda y de incredulidad.

—Vaya revisión de la historia tan fantástica, Zane —suelta ella—. ¿Vas a quedarte ahí fingiendo que no te lo viste venir? Durante dieciocho meses yo fui el segundo plato. El grupo siempre iba primero. Se te ha olvidado de un modo muy conveniente lo descolocada que me sentía, ¿verdad? Yo seguía diciéndoles que no quería vivir en la carretera, y seguían ignorándome para poner toda

su concentración en el siguiente concierto. ¿Se suponía que tenía que seguirles como un perrito toda la vida?

—Yo tenía que concentrarme en el siguiente concierto —le rujo, herido en lo más profundo ante la noción de que ella piensa que era secundaria al grupo—. ¿Te crees que a mí me gustaba estar en la carretera? ¿Piensas que yo disfrutaba de los asquerosos moteles, los bares llenos de humo, la fatiga constante? Lo estaba haciendo para asegurar nuestro futuro.

—Nuestro futuro —ella sacude la cabeza con expresión resignada—. Estaban tan ocupados pensando en el futuro que se les olvidó el presente. No me dejaron otra opción.

Tú no nos diste otra alternativa.

Inhalo con fuerza. Durante treinta y cuatro años, mi madre esperó a que su marido se diera cuenta de lo que era importante, y él nunca lo había hecho. Yo soy igual de estúpido. Mi cuerpo se rebeló cuando Nina se marchó y perdí mi voz durante una semana; aún así no lo comprendí, pero ahora que ella está aquí, lo entiendo.

Ella se mete las manos en los bolsillos.

—Todo el mundo tiene un precio —dice, su mirada pasando de mí a Scott—. ¿Cuál es el suyo?

—Quieres que nos vayamos.

—Sí.

No hay vacilación en su voz y una parte de mi corazón se hace pedazos, pero al mismo tiempo la determinación endereza mi espalda. «Pensaba que la había olvidado,» pero no. Voy a luchar por ella.

—Nos marcharemos —respondo—. Con una condición.

—¿Qué quieren?

—Que juegues a un juego con nosotros.

Su cuerpo se pone tenso. Le habíamos dicho eso mismo la noche en que la conocimos, y sus ojos habían brillado de anticipación y deseo; «pero eso fue entonces y esto es ahora.» Ella recuerda la frase porque responde usando las mismas palabras que había pronunciado hacía más de tres años.

—¿Cuáles son las reglas? —susurra.

—Eres nuestra durante cinco noches, desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Sin restricciones. Sin reprimirse.

—¿Esto va de sexo? —pone los ojos en blanco, con un asco claramente visible en su rostro—. Por supuesto que sí.

Su suposición me deja sin aliento. Sacudo la cabeza, sintiendo una profunda sensación de pérdida al darme cuenta de lo poco que ella creía que nos importaba.

Junto a mí, Scott se ríe sin ganas.

—El sexo nunca fue el problema entre nosotros, Neen —dice con sequedad—. Puedo entrar en tu bar y, en menos de diez minutos, puedo encontrar a alguien que quiera acostarse conmigo. Nuestra vida sexual fue jodidamente buena, pero eso no era por lo que estábamos juntos.

Ella abre la boca para decir algo, pero Scott levanta una mano para detenerla.

—Si ganas el juego —dice él—, puedes pedirnos lo que quieras, y si entra en nuestras posibilidades concedértelo, lo haremos.

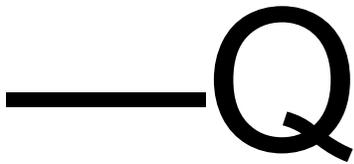
—¿Se irán de la ciudad si hago lo que ustedes quieran durante cinco noches?

—Sí —intervengo con voz dura.

Ella me mira a los ojos.

—Bien, Zane —dice—. Jugaré su juego. Venga.

---

**NINA**

ue juegues a un juego con nosotros.

Zane dice esas palabras y el presente se disuelve. Estoy en Boston de nuevo, viendo a Zane Marshall y a Scott Leyland por primera

vez.

Es tarde y el bar en el que trabajo está muerto. Es otra noche terrible para las propinas y no estoy segura de cómo voy a pagar el alquiler este mes, pero me siento demasiado paralizada como para que me importe. Tengo veintitrés años y estoy acostumbrada a luchar por sobrevivir.

Casi es la hora de cerrar cuando siento el peso de una mirada sobre mí. Levantando la vista, veo a Zane y a Scott por primera vez. Dos hombres altos, ambos con pelo oscuro, uno con barba y el otro bien afeitado, y los dos me están mirando como si yo fuera una golosina deliciosa y no hubieran comido durante días.

Trabajo en un bar. Estoy acostumbrada a que me coman con los ojos; me he acostumbrado por cansancio a que los hombres me desnuden con los ojos. Esta vez no me siento asqueada.

Me siento intrigada.

Entran y toman asiento en la barra. Comenzamos a charlar, pero no recuerdo ni una palabra de la conversación. No, el recuerdo que se me ha quedado clavado es el modo en que me sentía. Viva y chispeante, con cada nervio de mi cuerpo alerta, esperando a que dieran el primer paso.

Entonces Scott sugiere que cierre el bar y bajemos las persianas sobre las ventanas.

—Nina —dice con voz inesperadamente seria—. Juega a un juego con nosotros.

—¿Cuáles son las reglas? —pregunto. Llegados a ese punto, está claro que ambos están interesados en mí y que, de algún modo, en su mundo eso no es un problema. Parte de mí está asombrada por ello, pero una parte más profunda y salvaje de mí está excitada. La idea de que los dos me compartan es de lo más ardiente.

—¿Reglas? —los labios de Zane forman una sonrisa—. La primera regla, Nina, es que nosotros creamos nuestras propias reglas.

Mi garganta se seca, le doy la vuelta al letrero de la puerta para que diga “Cerrado” con velocidad indecente. Bajo las persianas y vuelvo con ellos, añadiendo un contoneo a mis caderas.

—¿Y la segunda regla? —le doy pie.

Los ojos azul cielo de Scott se entretienen en mi rostro. Su expresión es intensa, incluso débilmente atribulada.

—Durante el juego —dice—, todo el mundo dice la verdad.

Mi corazón da un vuelco al oír eso.

—Es un juego de gran riesgo —respondo. Estoy intentando sonar frívola, pero mi voz sale temblorosa—. La verdad es algo peligroso.

—Es un juego de gran riesgo —concuerta Scott—. Del único tipo que merece la pena jugar. ¿Estás interesada?

Dejo de lado toda precaución.

—Sí.

—Bien —sus ojos se llenan de ardor—. Quítate las bragas, cariño, y dámelas.

Los miro con los ojos como platos. Tengo veintitrés años y no soy virgen, pero aún así me quedo asombrada por sus palabras. Comparándome a ellos, me siento muy protegida e inexperta.

—¿Aquí?

Como respuesta, Zane alarga su mano.

Mi cuerpo se acalora.

—Acabo de conocerlos.

Los ojos de Scott se clavan en mí.

—Recuerda la segunda regla, Nina —dice—. Nada de mentiras. ¿Quieres tener sexo con nosotros esta noche, Nina, o quieres que nos vayamos?

Dicen que nada de mentiras, como si fuera fácil, como si no necesitara mantenerme dentro de mi duro y frívolo caparazón para protegerme. Nada de mentiras, dicen, mirándome con calor primitivo y desnudo, haciéndome olvidar todas las razones por las que eso es una mala idea.

Con las manos temblorosas me quito las bragas por debajo de mi falda. Siento la cara ardiendo, mis pechos pesados, y un deseo líquido llena mi núcleo.

—Buena chica —dice Zane con aprobación. Se mete el trozo de tela en el bolsillo y mis mejillas se ruborizan. Acabo de darle mi ropa interior a un completo extraño. Soy una chica mala, mala.

—Esto no parece justo —la voz de Scott suena seria, pero sus ojos brillan de diversión—. ¿Zane recibe un regalo y yo no?

Mis labios tiemblan por voluntad propia.

—Tienes razón —digo solemnemente—. ¿Vas a pelearte con él por mis bragas?

Él se ríe.

—Tengo una idea mejor —responde—. Quítate el sujetador, cielo.

Parte de mí se pregunta si usan los términos afectivos como cielo y cariño solo porque no recuerdan mi nombre. «Por supuesto que es por eso, Nina,» me digo bruscamente. Son músicos de un grupo. Incluso yo he oído hablar de Evolving Whistle. Una de las tres chicas con las que vivo en mi estudio de Jamaica Plain pone sus discos todo el tiempo. Deben de tener miles de mujeres lanzándose sobre ellos. «¿Qué esperabas?»

—Nina —Scott levanta una ceja—. ¿Voy a tener que repetirlo?

Está bien, puede que conozcan mi nombre después de todo.

—Lo siento —le digo a Scott, mi rostro se abre en una sonrisa. Echo las manos hacia atrás y desabrocho mi sujetador, luego bajo las tirantas y me lo saco a través de mi camiseta.

Los labios de Scott se curvan ante mi modestia.

—Sabes que tu camiseta tendrá que desaparecer en algún momento de esta noche, ¿verdad?

Pues claro. No soy una auténtica idiota.

—Estoy siguiendo las instrucciones —respondo con descaro—. Pediste mi sujetador, así que me lo he quitado y te lo he dado.

—Ah, ¿así es como estamos jugando entonces? —Zane se acerca más a mí, como un depredador tras su presa. Mis pezones se hinchan hasta parecer duros guijarros, empujando contra mi camiseta rosa chillón—. Dime, Nina, ¿vas a obedecer todas nuestras órdenes?

Respondo a su pregunta con otra de mi cosecha.

—¿Siempre son tan mandones?

Scott me examina de pies a cabeza, su mirada acaricia despacio todo mi cuerpo, haciendo que me sienta necesitada, erizada, y excitada.

—¿Eso te molesta? —pregunta, con sus ojos clavados en los míos.

Zane se sitúa detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos, tirando de mi espalda contra su duro pecho. Mi pulso se acelera y una oleada fresca de calor llena mi centro.

—Recuerda la segunda regla —susurra en mi oído.

—La segunda regla parece diseñada para avergonzarme —susurro con voz mohína—. No creo que me guste.

Se ríen suavemente.

—Dinos, Nina —insiste Scott—. ¿Te molesta que seamos mandones?

Oh demonios. De perdidos al río.

—No —susurro—. Creo que debería molestarme, pero no es así.

—La regla número uno, cariño, es que nosotros ponemos las reglas —dice Scott—. Solo nosotros tres. No hay “deberías” en esta sala. El mundo no puede opinar sobre nuestras vidas personales.

«Tal vez no si eres una estrella del rock.» Por una noche quiero vivir la vida en su mundo, un mundo en el que no permiten que las opiniones de los demás influyan en lo que hacen.

Zane da un paso atrás, y otro más, tirando de mí con él. Me presiona contra la pared trasera del bar.

—¿Qué deberíamos hacer contigo, Nina? —pregunta con voz contemplativa.

Scott se mete detrás de la barra y siento una puñalada de alarma.

—Oye —le digo—, si te bebes el alcohol me meterás en un lío. Mi jefe me lo descontará de mi nómina.

Él pone los ojos en blanco.

—No quiero beberme tu alcohol, cielo —responde—. Quiero darme un festín con tu cuerpo.

Coge algo del bar, pero no consigo ver qué es. Zane, por otro lado, parece saber exactamente qué está pasando.

—Buena idea —dice con aprobación—. Dame uno, ¿está bien?

Es un cubito de hielo. Bueno, dos cubitos de hielo. Zane sostiene uno en su mano, igual que Scott. Mis ojos deben haberse puesto redondos por la sorpresa, porque Scott parece divertido.

—No tienes ni idea de lo que vamos a hacer con estos cubitos, ¿verdad?

Se me ocurren un par de ideas, pero estoy segura de que van a encontrar modos de ampliar mi educación.

—En realidad no —admito.

—Vamos a corromperte, cariño —dice Zane entre dientes—. De todas las maneras. Dime la verdad, Nina. ¿Quieres salir corriendo?

Joder, sí. Pero no, y mi necesidad es más fuerte que mis nervios.

—No —levanto la barbilla y los miro fijamente a los ojos—. Quiero jugar.

ESE DÍA HICIERON que me corriera. Zane se había arrodillado delante de mí y había hecho subir el cubito de hielo por mis piernas, y por todas partes que el frío me tocaba, su cálida boca se posaba después. El cubito se había acercado más y más a mi vagina, y mientras Zane me tentaba, la boca de Scott se cerró sobre la mía en un intenso beso que me hizo arder, poseyéndome y envolviéndome.

Después, mientras mis músculos seguían estremeciéndose por la intensidad del orgasmo que la talentosa boca de Zane había provocado, Scott había alargado una mano hacia mí.

—No vamos a follarte en este bar, Nina —había dicho—. Por muy tentador que me resulte inclinarte sobre esta barra y hundir mi polla en tu suave coño, no voy a hacerlo. Quiero hacerlo bien. ¿Vendrás a nuestro hotel?

Asumámoslo. Nunca he podido decirles que no a Zane y Scott.

ME PASO el resto del día con el piloto automático puesto. Trabajo tras la barra de La Coqueta Alegre el martes por la noche, y mi pulso se acelera cada vez que un hombre con cabello oscuro entra. Cuento mis ganancias al final de la noche, y luego limpio los mostradores y me aseguro de que la barra está de un limpio inmaculado. Saco la basura al contenedor en la parte de atrás del edificio, estremeciéndome por el aire frío, luego me dirijo a casa.

«Estás loca, Nina,» me digo mientras me cepillo los dientes. «Deberías haber visto que iban de farol. Scott no va a comprar tu edificio. Solo estaba intentando sacarte de tus casillas.»

Pero no puedo arriesgarme. Si se quedan en New Summit, tendré que marcharme. Sin importar lo mordaz que llegue a ser mi padre acerca de mi incapacidad por cumplir mis compromisos, no puedo quedarme. No puedo trabajar en el bar y verlos marcharse con mujeres con las que ligen en La Coqueta Alegre. No soy tan fuerte.

Los primeros meses con Zane y Scott habían sido geniales. Había viajado con ellos. Entre sus brazos me había sentido a salvo y, por primera vez desde que mi madre muriera y mi padre se volviera a casar, sentí la sensación de pertenecer a algún sitio.

Pero tras el primer año no podía ignorar el hecho de que yo no era nada más que la novia de Zane y Scott. Ellos estaban viviendo sus sueños, pero a mí se me había olvidado lo que era tener objetivos propios. Iba vagando de ciudad en ciudad con ellos, y me juzgaba a mí misma por mi falta de ambición.

Un par de veces, intenté hablar con ellos sin entusiasmo sobre el futuro, pero la conversación nunca llegó a nada. Zane quería protegerme y cuidarme, y Scott se negaba a mantener conversaciones emocionales. Yo sabía que ellos me querían a su manera, pero no era suficiente.

Ahora han vuelto a New Summit y yo he accedido a pasar cinco noches con ellos.

Doy vueltas en la cama. Me quedo despierta durante muchísimo rato, pero me quedo dormida por fin. En mis sueños, voy huyendo de una amenaza oscura y amenazante, pero no importa cuanto me esfuerce, no puedo escapar.

---

**SCOTT**

**U**na vez Nina se marcha, miro a mi amigo.  
—¿De qué demonios iba todo eso, Zane?  
Él levanta la barbilla.

—Me di cuenta de algo mientras Nina estaba aquí —dice—. Quiero recuperarla.

—¿Qué carajos?

¿De dónde ha salido esa idea? Claro que la idea de volver con Nina es atrayente. Los dieciocho meses que estuvimos juntos fueron los mejores meses de mi vida, pero Zane está loco si piensa que tenemos la más mínima oportunidad con Nina. ¿Es que no ha visto lo mucho que parece odiarnos?

—Ella tiene razón, ¿sabes? —Zane se sienta en el sofá y mira fijamente la chimenea con la mirada vacía—. No la valoramos. Todo giraba en torno a Evolving Whistle. A la siguiente gira. El siguiente disco. Cualquier estupidez que Chris quisiera que hiciéramos. Durante dieciocho meses, ella puso su vida en pausa y nos siguió por todas partes. ¿Y qué le dimos nosotros?

Suspiro con fuerza. Chris Muller, el mánager de nuestro grupo, nos hacía firmar agobiante gira tras agobiante gira, llevándonos al agotamiento. Cada noche llegábamos tambaleándonos a nuestras habitaciones, totalmente desprovistos de energía, y lo único que hacía nuestras vidas soportables era el saber que Nina estaría allí, con su cuerpo suave y cálido, su brillante sonrisa, sus ojos verdes brillando de deseo mientras alargaba los brazos hacia nosotros...

—No le dimos nada, Zane —respondo enfadado—. Lo entiendo, ¿está bien? No soy idiota. Pero eso no cambia nada —por mucho que quiera, no puedo retroceder en el tiempo y arreglar lo que hicimos—. No somos quienes para jugar con ella. No debería haberle dicho que estaba planeando comprar su edificio, y tú no deberías haber sugerido este juego loco. Tuvimos nuestra oportunidad con Nina y la jodimos.

Zane levanta la mano.

—Escúchame —dice—. Nina parece odiarnos, ¿cierto?

Se me cierra la garganta y asiento sin palabras.

—¿Qué es lo contrario al odio? —continúa.

¿Es este el momento para que Zane sea tan críptico?

—Lo contrario al odio es la indiferencia.

—Exacto.

De repente lo comprendo.

—Crees que todavía le importamos.

No sé si soy optimista o si estoy alucinando a lo bestia, pero cuando pienso en recuperarla mi corazón golpetea mi pecho y la esperanza llena mis pulmones.

—¿Quieres recuperarla, Scott? —Zane me lanza una mirada seria—. No estoy haciendo esto por sexo.

No, por supuesto que no. Lo que sentíamos por Nina era mucho más que atracción sexual. Teníamos una intimidad que la gente no consigue encontrar en toda una vida. Lo que teníamos era real.

—Sí —en el momento en que digo esas palabras en voz alta, se me quita un peso de encima—. La verdad es que sí.

Solo hay un problema. Tenemos solo cinco noches para hacer que esto suceda.

## NINA

**M**e paso la mayor parte del miércoles por la mañana esperando a que suene el teléfono. Scott y Zane no me dijeron cuando sería la primera de nuestras noches.

—Tendremos que prepararlo todo —había dicho Zane con irritante ambigüedad cuando pregunté—. Nosotros te llamaremos.

—No puedo dejarlo todo para estar a su entera disposición —había replicado yo. Pero eso no es cierto. Cuanto antes comience este estúpido juego, antes terminará. No voy a estar tranquila hasta que sepa que Scott y Zane están de vuelta y a salvo en Nueva York.

A las cuatro de la tarde me dirijo al bar. Lucas y James, mis dos camareros, tenían que abrir La Coqueta Alegre y, claro, los encuentro tras la barra.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta James tan pronto como me ve.

Lucas frunce el ceño.

—Tienes un aspecto horrible, Nina —dice con franqueza.

—No podía dormir —admito—. Iba a volverme loca de atar en mi apartamento, así que pensé que bien podría bajar y ayudar —paso la mirada por el bar casi vacío—. No es que necesiten ayuda en este momento.

—Se llenará pronto —responde James—. Lucas acaba de comprobar el sonido para la Noche de Micro Abierto. Estamos listos.

—Está bien. Iré a ver cómo les va a Sophia y a Reagan en la parte de atrás —respondo. Ya es casi la hora feliz y la cocina va a

estar llena de pedidos pronto.

James se aclara la garganta e intercambia una mirada con Lucas.

—Antes de que te vayas, Nina, ¿podemos preguntarte algo?

—Mi primer pensamiento va hacia La Coqueta Alegre.

—No me digan que dimiten —digo con la boca seca. No es fácil encontrar buenos empleados, y James y Lucas son los mejores—. Sé que van a abrir un par de bares, y estoy segura de que están husmeando, pero no quiero perderlos. Aumentaré sus horas, pagaré más, lo que sea.

Lucas suelta una risotada.

—Nina —dice suavemente—, por supuesto que no vamos a dimitir. Nos diste trabajo cuando lo necesitábamos con desesperación. No te dejaríamos en la estacada. No, esto es personal —saca una pequeña caja de una joyería de su bolsillo—. Estamos pensando en pedirle a Cassie que se case con nosotros —dice—. A ver, sé que no será ni legal ni oficial, pero pensé que podríamos hacer una pequeña ceremonia.

—Oh, Dios mío —chillo bien fuerte—. Es una idea genial. Dejen que vea el anillo.

Lucas me lanza la caja y la abro. El anillo es precioso. Tres diamantes están alojados en un triángulo, y la forma recuerda a un trébol.

—Cassie va a ser muy feliz —les digo, tragándome el nudo en mi garganta. «No siento celos de Cassie,» insisto. «No me estoy imaginando a Zane y a Scott pidiéndome que me case con ellos.»

—Lo será, ¿verdad? —James se pasa la mano por el pelo—. A ver, nuestra relación no es exactamente tradicional. Esto no va a recordarle lo mucho que se está perdiendo, ¿no crees?

—Idiotas —les digo con cariño—. Cassie los quiere a los dos. Va a estar emocionada —les doy un abrazo.

Justo entonces suena una incisiva tos detrás de mí.

—Si estamos interrumpiendo algo —dice Scott con voz helada—, entonces podemos volver en otro momento.

Por supuesto.

---

**ZANE**

**S**iento como si alguien me hubiera dado una patada en el estómago cuando Scott y yo entramos en La Coqueta Alegre, y veo a Nina abrazando a dos chicos.

Se libera de su abrazo y me mira con rabia.

—Hola, Zane —dice, su voz igual de fría que la mía—. Y Scott. Vaya un placer inesperado —nos mira como si acabáramos de salir de debajo de una piedra, y entonces hace las presentaciones—. James y Lucas, les presento a Scott y a Zane. James y Lucas trabajan en el bar. Scott y Zane ya se marchaban.

El peso en mi pecho se aligera.

—No, no nos vamos —le digo con una sonrisa, señalando la funda de la guitarra en la mano de Scott—. He oído que es Noche de Micro Abierto.

—Está bien —dice con dulzura—. Los llevaré a una mesa —agarrando un par de menús del bar, nos lleva a una mesa junto a la ventana—. James se pasará por aquí dentro de un minuto para tomar nota de sus bebidas —dice—. Tenemos hora feliz desde las cuatro y media hasta las seis. Toda nuestra cerveza de barril cuesta cuatro dólares la pinta, y los aperitivos están a mitad de precio. ¿Alguna pregunta?

Ella pronuncia cada palabra mordiéndola entre dientes, mirándonos con rabia y dolor en sus ojos, y el arrepentimiento me domina. Me siento como un cabrón.

—Nina —digo calladamente, cubriendo su mano con la mía para llamar su atención—. Lo siento.

Ella se queda paralizada.

—¿Por qué? —susurra.

Me arrepiento de tantas cosas. Siento cómo todo acabo entre nosotros. Siento haber estado tan implicado en Evolving Whistle hasta el punto de no decirle lo mucho que me importaba. Cada minuto de cada día que pasé con Nina, yo debería haberla adorado y no lo hice.

—Siento haber supuesto que estabas saliendo con esos chicos —mis labios se curvan—. Fue estúpido por mi parte. Accediste a jugar a un juego ayer, y no lo habrías hecho si estuvieras con alguien.

Ella me dedica una larga mirada con expresión impenetrable.

—Gracias —dice finalmente—. Tienes razón. Ahora mismo no estoy saliendo con nadie.

—Nosotros tampoco —digo calladamente.

Ella nos lanza una medio sonrisa.

—Lo sé —dice—. Cuando salíamos, las mujeres seguían lanzándose a sus pies, pero eso nunca me preocupó. Confío en ustedes. No son de los que ponen los cuernos. Si estuvieran con alguien, nunca habrían sugerido el juego.

No estamos jugando, Neen. Contigo nunca ha sido un juego.

JAMES SE ACERCA al cabo de unos minutos para tomar nota de nuestras bebidas, y pedimos una pinta para cada uno de la cerveza local.

—Están en un grupo, ¿verdad? —me pregunta—. ¿Evolving Whistle?

Hemos tenido mucho éxito este último par de años, tanto como para que nos reconozcan ocasionalmente los extraños por la calle. Nuestro mánager Chris está encantado por nuestra fama, pero tanto Scott como yo encontramos la atención desconcertante.

—Sí —admito—. ¿Nos has visto tocar?

—Sí, tocaron en un concierto en Brooklyn hace tres meses.

—En el Way Station —recuerda Scott.

James asiente.

—Sí, fue ese el local. ¿Van a tocar esta noche? Hacemos actuaciones de diez minutos, pero si se quedan hasta el final pueden volver a tocar si quieren —nos dedica una mirada directa—. A menos que Nina quiera que se vayan.

—Creo que se nos permite quedarnos por el momento.

—Hmm —su mirada permanece en nosotros—. ¿De qué conocen a Nina?

—Solíamos salir —dice Scott.

James asiente de modo sombrío.

—Permítanme que sea directo, caballeros —dice—. Me gusta Nina. Es una buena jefa y es una buena persona. Si le causan algún problema, los echaré de aquí a patadas.

No consigo decidir si debería sentirme irritado porque este tipo nos está amenazando con echarnos, o alegrarme porque Nina tiene gente en su vida que la cuida. Me decanto por contento.

—Me parece justo —digo llanamente—. Y sí, nos gustaría tocar unos temas.

**NINA**

**U**n poco después de las seis, James sube al improvisado escenario que hemos instalado contra la pared trasera de La Coqueta Alegre.

—Damas y caballeros —dice, dándole unos golpecitos al micrófono para llamar la atención de todo el mundo—. Bienvenidos a la Noche de Micro Abierto de La Coqueta Alegre. Tenemos mucha gente en nuestra lista hoy, así que les recuerdo rápidamente que mantengan su actuación dentro de los diez minutos o menos. Sin más dilación, démosle un cálido aplauso a nuestra primera artista: Sandra Jones.

Normalmente no me quedo los miércoles. Es duro para mí verme rodeada de músicos, pero hoy escucho las actuaciones. Bueno. ¿A quién quiero engañar? Quiero oír a Zane y a Scott.

El bar está abarrotado hasta los topes para cuando Zane y Scott suben al escenario. Como he hecho innumerables veces, los veo transformarse en estrellas del rock tan pronto como se sitúan frente al público. En persona, ambos hombres son bastante introvertidos, pero cuando se levantan para actuar, cambian.

—Hola a todos —dice Zane en el micrófono, mirando en torno a la sala con una sonrisa pícara—. Soy Zane Marshall y este es Scott Leyland. Estamos en New Summit trabajando en nuestro próximo álbum, y vamos a tocar un par de las nuevas canciones para ustedes.

Tiffany Slater está entre el público con el teléfono en alto. Probablemente lo está grabando, y yo estoy segura de que el improvisado espectáculo de Scott y Zane acabará en YouTube antes de que acabe el día. «Buena publicidad,» pienso con acritud. Chris Muller, el mánager de Evolving Whistle, aprobará sin duda ese movimiento.

Entonces empiezan a tocar y no puedo seguir pensando.  
Nunca te dije lo mucho que me importaba,  
Pensaba que lo sabías.  
Cuando me deslizaba dentro de ti, me sentía en casa,  
Pensaba que lo sabías.

CUANDO ME SONREÍAS, mi corazón se calentaba,  
Cuando llorabas, mi mundo se desmoronaba,  
Eras mi cielo y mi sol. Tú eras la luna y las estrellas...  
Pensaba que lo sabías.

NO ESPERABA ENAMORARME,  
No sabía qué era el amor.  
Me acurrucó como una cálida manta,  
Pero tenía miedo...  
Pensaba que lo sabías.

TE ADORABA, pero te marchaste,  
Pensaba que el amor era suficiente, pero no lo era,  
Eras mi cielo y mi sol. Lo eras todo...  
Pensaba que lo sabías.

No puedo respirar. La sala da vueltas a mi alrededor y todo mi cuerpo tiembla. No puedo soportarlo. «No me digan qué es el amor,» quiero gritarles. «No intentaron detenerme. No intentaron encontrarme. Eligieron su música sobre mí.»

La bandeja que llevo traquetea y se derrama cerveza por los bordes de las pintas. La dejo cuidadosamente sobre el borde de la

barra antes de que se me resbale de las manos.

—¿Puedes llevar esto a la mesa tres? —le digo a Lucas sin mirarle a los ojos, sabiendo que voy a encontrar preocupación ahí, sabiendo que estoy a punto de un colapso nervioso.

Y huyo.

EL MENSAJE de texto llega más tarde esa noche desde el teléfono de Zane.

“Mañana por la noche”, dice. “A las seis. No llegues tarde”.  
Comienza el juego.

---

**SCOTT**

**E**l timbre de la puerta suena poco después de las diez de la mañana siguiente. Nina, pienso, con mi corazón acelerándose, pero es nuestro mánager Chris.

Maravilloso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No me molesto en ocultar la hostilidad en mi voz. El mánager de nuestro grupo y yo nos detestamos. Chris tiene la mala costumbre de hacer lo que le dé la gana que crea que es bueno para Evolving Whistle, sin considerar el precio que nosotros tengamos que pagar. Es implacablemente ambicioso, y no le importa una mierda que nos quememos a largo plazo siempre y cuando ganemos mucho dinero para él a corto plazo.

Por desgracia, es el primo de Andy. Por mucho que Zane y yo queramos despedirle, no queremos enemistarnos con nuestro baterista. Andy es un buen hombre.

—Vi su actuación de anoche en un bar local —me aparta para pasar al salón, donde Zane está bebiendo una taza de café—. Buen trabajo, chicos. El video está recibiendo montones de “me gusta” y está siendo muy compartido.

Zane le mira con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres, Chris?

Se sienta en el sofá.

—He firmado una gira de tres meses por Asia para el mes que viene —dice—. Nos dará la oportunidad de ir a algún lugar cálido

durante el invierno.

—No estoy interesado —dice Zane de inmediato—. Como ya te he dicho repetidas veces, no estoy preparado para volver a irme de gira hasta el otoño. Y tal vez ni siquiera entonces.

—Chicos, esta mierda ya está firmada.

Típico del puto Chris Muller. Decimos que no a algo y él va y lo hace de todos modos, y entonces nosotros tenemos que lidiar con las consecuencias.

Pero esta vez no voy a permitir que suceda. Ayer me di cuenta de que quiero recuperar a Nina, y si queremos tener alguna esperanza de conseguirlo, necesitamos demostrarle que la ponemos a ella antes que nada más.

—No me importa —le digo a Chris llanamente—. Dejamos claro que necesitamos un descanso. Te dijimos que no íbamos a ir de gira, y tú lo hiciste de todos modos a nuestras espaldas. Lo siento, Chris, no vamos a rescatarte esta vez. Llama a las salas de conciertos y cancélalo.

Me mira con rabia, una fea expresión en su rostro.

—Para ti es fácil decirlo —ruge—. Tu padre te dejó una burrada de dinero, pero eso no es cierto para Zane, o Andy, o Jeremy. Tal vez deberías pensar en ellos.

Zane levanta una ceja.

—Scott no necesita pensar por mí —responde con voz dura—. Soy totalmente capaz de pensar por mí mismo. El dinero no es lo más importante del mundo, Chris. Estoy tan quemado que, durante más de un mes, he tenido que obligarme a cantar. Estás agarrando algo que amo y lo estás pervirtiendo hasta convertirlo en algo que temo, y no voy a seguir soportándolo.

Chris se pone de pie.

—Se trata de Nina, ¿cierto? —suelta—. Oh sí, no soy tonto. Conozco la auténtica razón por la que están en esta ciudad, y no es porque necesiten tiempo libre o vender casas para la empresa de tu padre. Se trata de esa nenita suya. Desde que la conocieron, el grupo empezó a importarles una mierda.

La absoluta injusticia del comentario de Chris me deja sin respiración. No a Zane. Se pone de pie con su rostro crispado por la rabia.

—Márchate —dice—. Antes de que me olvide de mis modales y haga algo que pueda lamentar. Y Chris... no nos llames. Nosotros te llamaremos.



## NINA

**M**e presento en casa de Zane y Scott a las seis en punto el jueves por la tarde. He pasado otra noche sin dormir, y siento los ojos rasposos por la falta de sueño, pero mi corazón está endurecido. No sé a lo que están jugando con las disculpas y las canciones de amor, pero no me interesa averiguarlo.

Cinco noches. Solo tengo que sobrevivir a ellas y se marcharán de mi vida para siempre.

«Esto solo es sexo, Nina. Siempre te lo has pasado bien en la cama con ellos. Encierra tus emociones y estarás bien.»

Scott abre la puerta. Lleva puesto un traje que probablemente cuesta tanto como el alquiler que le pago al doctor Bollington cada mes, y debajo lleva una camisa blanca. Sin corbata.

—Hola Neen —dice fácilmente—. Pasa.

—¿Debería haberme arreglado más?

Yo había supuesto que solo íbamos a liarnos en el dormitorio de arriba, pero a menos que Scott se ponga traje para darle al tema, los he entendido mal.

Sus ojos me recorren, observando mis vaqueros oscuros y mi sudadera roja con capucha.

—Estás bien así —una sonrisa tira de sus labios—. Te pareces a Caperucita Roja.

En mi rostro aparece una sonrisa como respuesta, por mucho que intento contenerla.

—¿Te convierte eso en el lobo malo?

Él se ríe.

—Por lo que recuerdo, el lobo malo estaba muy interesado en comer con la Caperucita.

—Creo que estaba interesado en comérsela, Scott, no en comer con ella.

—Semántica —dice con una sonrisa divertida—. Entra. Zane está en la cocina. Tenemos tiempo de tomarnos una copa antes de irnos.

Coge mi abrigo y lo sigo dentro de la casa, mi piel cosquillea de anticipación.

El martes había estado demasiado enfadada como para mirar a mi alrededor, pero hoy examino la casa con curiosidad. La planta principal es un espacio abierto cuadrado, con una cocina que recorre toda una pared, y grandes puertas de cristal que llevaban al patio trasero. La casa está limpia y ordenada, y los muebles son impecables. No encaja con nada de lo que conozco sobre Scott o Zane. Entonces lo entiendo. Por supuesto. La empresa del padre de Zane construyó la urbanización.

—Esta es la casa piloto, ¿verdad?

Zane también lleva un traje, uno de cuadros escoceses grises que le sienta como un guante. Su cabeza está inclinada sobre una tabla de queso, pero levanta la vista cuando oye mi voz.

—Lo es —dice—. Mi padre es el constructor. Estoy cuidando de la casa hasta que vendamos las casas.

Maggie había dicho lo mismo.

—¿Por eso están en New Summit? —cuando Zane confirma la auténtica razón por la que están aquí, una aguda puñalada de decepción me recorre—. ¿No están aquí para acosarme?

—Acosar no es exactamente mi estilo —responde Zane, apuntándome con dos dedos. Ante ese gesto, un rayo de lujuria me perfora. Se me había olvidado lo guapos que son. Se me había olvidado el calor carnal que siempre ardía entre nosotros.

—¿Una copa, Neen? Hay una botella abierta de Syrah, o también hay un pack de seis cervezas artesanas en el frigorífico. La cerveza negra es bastante buena.

Zane es un pedante de la cerveza.

—Si dices que la negra es buena, entonces me tomaré una cerveza negra —respondo. Robo una loncha de cheddar de su tabla mientras espero a que me la sirva. Necesito un minuto para recuperar la compostura; aún estoy alterada por la descarga eléctrica de deseo que me recorrió el cuerpo.

—¿Tienes hambre? Hemos montado un picnic, pero si estás muerta de hambre puedo hacerte algo de comer antes de irnos.

¿Un picnic? Esas palabras enfrían mi incómoda lujuria. Está helando. Hay una humedad en el aire que hace que el frío sea peor, y no se me ocurre un día más horrible para comer fuera. ¿Están intentando matarme?

—Es invierno —digo con un lamento—. No pensé que la hipotermia sería parte integral de estos juegos.

Zane se ríe de mí.

—No vamos a hacerte comer fuera, Neen. Sé que el frío te aterroriza.

Los antepasados de Zane son de Islandia. Tiene sangre vikinga en sus venas. ¿Yo? No tanto.

—No me aterroriza —replico—. Le tengo un respeto adecuado al aire libre. No me pillarán burlándome de la Madre Naturaleza.

Scott me tiende una cerveza en un vaso y le doy un sorbo. Como esperaba, es excepcional.

—Vamos a hacer un viaje —responde Scott débilmente—. No te preocupes. Te traeremos de vuelta para las seis de la mañana.

Esa es la menor de mis preocupaciones. Estoy mucho más preocupada por lo que va a pasar en las horas entre ahora y las seis.

Pero conozco a Scott y Zane, y si han tomado la decisión de que no van a contármelo, no hay nada que pueda decir que haga que cambien de opinión. En vez de intentar luchar una batalla perdida, me como otro trozo de queso. ¿Por qué no? Todavía no he encontrado un queso cheddar que no me gustase.

MIENTRAS BEBO MI CERVEZA, nos sentamos en el sofá y nos ponemos al día.

—Háblanos de La Coqueta Alegre —me pide Scott con sus ojos azules clavados en los míos—. ¿Cuándo lo abriste?

—Hace quince meses —respondo.

—Cinco meses después de que nos dejaras —Zane me examina—. Hablaste de abrir un bar muchas veces, pero no pensé que tendrías suficiente dinero ahorrado como para abrir uno de inmediato.

—No lo tenía —la segunda regla del juego es la honestidad—. Mi padre me dio un préstamo para empezar.

—¿Se hablan de nuevo? —me pregunta Scott—. Cuando estábamos juntos, tuve la impresión de que no te hablabas con tu familia.

—Es complicado.

Miro fijamente mi cerveza. Nunca les he contado a Zane y a Scott la historia completa. Incluso cuando estábamos juntos, siempre evitaba el tema de mi familia.

«Admítelo, Nina. No fueron solo sus giras las que mataron la relación. Tú tampoco te abriste por completo a ellos.»

—¿De qué modo?

Zane se recuesta contra el sofá. Si alargo la mano podría tocarlo, sentir el calor de su piel bajo mis dedos. Es tentador. Muchas veces, tras un concierto o una larga sesión de práctica, los tres nos sentábamos, probábamos cervezas, y comíamos queso. Aun cuando han pasado dos años, este es un ritual familiar, uno que está grabado en mi corazón.

Eso está en el pasado, Nina.

—Mi madre murió cuando yo tenía trece años —murmuro—. Cáncer. Se fue apagando durante dos años. Fue muy duro para mi padre. O eso pensaba yo, porque volvió a casarse al cabo de seis meses. Dos meses después, Joanne dio a luz a gemelos.

Sus cejas se elevan cuando hacen las cuentas y se dan cuenta de que mi padre había engañado a mi madre mientras esta se moría.

—Yo estaba enfadada —musito—. Me sentí sustituida por Jacob y Joshua. Mi padre ya no tenía tiempo para mí. Así que me portaba mal. Me metía en muchos líos y, como respuesta, mi padre y mi

madrastra se volvieron más estrictos conmigo. Cuando cumplí diecisiete años, hui a Boston.

La expresión de Scott es de comprensión, como sabía que lo sería. Su relación con su familia es igualmente problemática. Sus padres eran distantes, y a Scott lo criaron sus niñeras. Cuando su padre murió, su madre se mudó a Irlanda.

—Ya va por el marido número tres —dijo una vez cuando le pregunté, y su tono me había advertido que no preguntara más.

—¿Van las cosas mejor ahora? —pregunta Zane. De los tres, Zane es el único con una vida familiar más normal. Conocí a sus padres y a su hermana cuando fueron a ver *Evolving Whistle* durante una de las giras, y su cálido afecto solo había reforzado lo mucho que le faltaba a mi vida.

—De alguna manera. Las cosas van bien más de lo que se podría esperar, dadas las circunstancias.

La concentración de mi padre sigue estando en Jacob y Joshua. Yo soy la hija problemática con la que no sabe qué hacer, así que alivió su conciencia prestándome el dinero para abrir *La Coqueta Alegre*. No soy una desagradecida, no me malinterpretan. Me encanta *La Coqueta Alegre*, pero cuando mi padre alardea de lo bien que les va a los gemelos en baloncesto quiero gritar y señalar que él nunca asistió a ninguno de mis partidos después de que mi madre enfermara.

Zane se pone de pie.

—Es hora de irnos —dice con brusquedad.



## ZANE

**H**a sido abandonada por todas las personas de su vida. Por su padre, quien eligió a sus nuevos hijos por encima de la hija que estaba llorando la pérdida de su madre. Y por nosotros. Puede que nosotros no le hubiéramos prometido explícitamente amarla y adorarla hasta el fin de nuestros días, pero nuestros cuerpos sí que lo hicieron. Le pedimos que abandonara sus propios sueños para venirse con nosotros, y ante la primera señal de problemas tomamos el camino más fácil. En vez de luchar por Nina, la dejamos huir. Igual que su padre.

Me juro que lo arreglaré.

SALIMOS y Nina se queda con la boca abierta cuando ve la limusina aparcada en la entrada.

—¿Están seguros de que no necesito cambiarme de ropa? —pregunto con cautela—. ¿A dónde vamos exactamente?

—A Manhattan —responde Scott—. Va a ser una noche larga, Neen.

—No me digan —dice ella, mirando su teléfono—. Serán las nueve y media antes de que llegemos a la ciudad. ¿Qué han planeado?

—Eres tan impaciente —dice Scott—. Lo descubrirás pronto, Nina. ¿Qué prisa hay?

—No soy una persona paciente —responde, con sus ojos brillando de diversión—. No me digas que se te ha olvidado.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Creo recordar que teníamos modos de promover el buen comportamiento.

Los recuerdos son vívidos. Recuerdos del cuerpo desnudo de Nina entre nosotros dos, sus piernas separadas, su vagina húmeda y preparada, sus pezones duros como guijarros por el deseo. Si cierro los ojos, puedo oír su voz tomada cuando nos suplicaba que le permitiéramos correrse, cuando nos suplicaba que la folláramos fuerte, cuando nos suplicaba más...

Toda la sangre en mi cuerpo va corriendo a mi polla. Requiere un esfuerzo ignorar mi erección, pero lo hago. Esto no va de mis necesidades; el sexo nunca fue el problema entre nosotros tres. Esto va de anteponer Nina a todo.

EL TRÁFICO que va a la ciudad es ligero. Es jueves por la noche; la mayoría de los coches están saliendo de Manhattan, no entrando. Comemos nuestro picnic y el tiempo vuela, y antes de que nos demos cuenta vamos saliendo del Hudson Parkway. Nina echa un vistazo por la ventana.

—La 57 Oeste —dice leyendo el letrero de la calle que está iluminado por las brillantes luces de la ciudad—. ¿Van a decirme ahora a dónde nos dirigimos?

Nina odia las sorpresas. El suspenso debe de estar volviéndola loca.

—Al MOMA. Fue idea de Scott.

Sus ojos se abren como platos y toma aire con fuerza.

—Se han acordado —susurra.

FUE algo así como un año después de que comenzáramos a salir. Evolving Whistle había estado en la zona de Nueva York en una agotadora gira de cuatro semanas. Chris había firmado contratos

con una sala diferente todas las noches, y cuando no estábamos practicando pues estábamos escribiendo nuevas canciones.

Un sábado, en medio de toda esa locura, Nina había preguntado si queríamos ir al MOMA con ella durante un par de horas.

—Nina, tenemos que ensayar —había dicho yo, pasándome una mano por el pelo—. Nuestro ritmo no iba bien anoche y la cagamos pero bien. Tenemos que solucionar esa mierda.

—No hay problema —había dicho ella—. Iré yo sola entonces.

Ella no había sonado decepcionada, eso lo recuerdo. Había sonado como si hubiera estado esperando que la rechazáramos.

Volviendo la vista atrás, ese fue el momento en que las cosas habían empezado a cambiar para peor. Ese día, cuando no fuimos al museo con ella.

Scott es más introspectivo que yo. Por eso ha elegido el MOMA hoy. Tal vez si podemos volver al lugar donde todo empezó a ir mal, podamos comenzar a arreglar nuestros errores.

La miro ahora.

—Ese día, ¿por qué era importante para ti ir al MOMA?

Ella no nos mira a los ojos.

—Fue hace mucho tiempo —murmura—. Solo estaba siendo una tonta.

—Por favor, Neen —dice Scott suavemente—. Sé que era importante. No lo vi entonces, pero lo veo ahora. Por favor, dinos por qué.

La segunda regla es la honestidad, pero no se puede obligar la participación en el juego. Estamos haciendo equilibrios en el borde del precipicio, e incluso, el más ligero movimiento puede enviarnos en caída libre. Hoy nos habló un poco sobre su padre. ¿Volverá a confiar en nosotros otra vez?

Contengo la respiración. Si no puede contarnos por qué el MOMA era importante, entonces no quedan esperanzas de recuperar a Nina. Sin confianza, no tenemos nada.

—Ese sábado —dice ella, aún mirando su propio regazo, con sus dedos entrelazados con fuerza—, era el aniversario de la muerte de mi madre. Justo antes de caer enferma, las dos habíamos hecho una excursión madre e hija al MOMA. Le

encantaba el arte moderno —se limpia los ojos con el dorso de su mano—. No quería ir sola.

La culpa cae sobre mí como un peso físico. Estaba llorando a su madre muerta y la dejamos sola.

Junto a mí, Scott se ha puesto blanco.

—Nina —empieza a decir, luego sacude la cabeza indefenso—. Lo siento mucho. No lo sabía.

Ella levanta la mirada al oír eso.

—Estaban ocupados —responde. Sus labios forman una triste sonrisa—. No se castiguen por ello; también fue culpa mía. Sabía que si les contaba por qué los quería allí conmigo, lo habrían dejado todo y habrían estado allí para mí. Lo sabía, pero no se los conté de todos modos porque quería poner a prueba su amor por mí. Mi padre eligió a Joanne y a los gemelos antes que a mí, y en vez de trabajar en mis problemas en cuanto a eso, formulé pruebas para que ustedes demostraran su amor. Si hubieran ido al MOMA conmigo sin saber por qué, eso habría demostrado que me querían —ella sacude la cabeza—. No fue lo más maduro que se me ocurrió hacer.

Oigo lo que está diciendo, pero no voy a librarme de la culpa tan fácilmente. Nos habíamos comprometido con ella y no cumplimos nuestra promesa.

La limusina aparca delante del museo.

—¿Quieres entrar? —le pregunta Scott.

Ella sostiene su mirada.

—¿O qué? ¿Cuál es la otra opción?

—O Zane y yo abandonamos —responde—. Y nos marchamos. Esto ya no es un juego, Nina. Esto ya es auténtico.

Aunque mi corazón se hunde, Scott tiene razón. Puede que quisiéramos una segunda oportunidad, pero no estoy seguro de que nos lo merezcamos.

Ella se queda en silencio durante el segundo más largo de mi vida, y entonces una sonrisa aparece en su rostro.

—Han reservado una visita privada al MOMA tras la hora del cierre —dice ella—. Parece una lástima desperdiciar todo ese esfuerzo. Vamos.



## NINA

«¿Qué quieres, Nina?»

No conozco la respuesta a eso. Estoy funcionando por puro instinto. Puede que mi amiga Mia tome decisiones calmadas y racionales, pero yo no soy así. Yo soy emocional e impulsiva, y nunca he sido capaz de decirles que no a Scott y a Zane. Dejé mi trabajo como camarera y me fui con ellos cuando solo los conocía de unos días. Salto sin red de seguridad. Siempre lo he hecho.

«Y te has estrellado y has ardidado por eso,» dice mi voz interior con insidia.

Acallo esa voz. Mañana por la mañana puedo intentar buscarle el sentido a lo que está pasando, pero ahora mismo voy a vivir únicamente en el momento. Voy a entrar a ver unas increíbles obras de arte.

DOS HORAS MÁS TARDE, estoy flotando en una nube.

—Ha sido absolutamente fantástico —digo, volviendo a entrar en la limusina con Zane y Scott a cada lado—. Muchas gracias por llevarme.

Scott me mira con una sonrisa indulgente.

—Nunca he visto a nadie tan emocionada por unos cuadros —dice—. De nada, Nina.

Zane ha estado en silencio la mayor parte del tiempo desde que averigué por qué yo había querido ir al MOMA. De repente he

terminado con el pasado. Está bien, no eran perfectos, pero yo tampoco lo era.

—Así que este juego —digo, apoyando mi mano en su muslo—, ¿era algo más que visitar las atracciones culturales más excelentes de Manhattan?

Sus labios se curvan en una media sonrisa.

—¿Estás preparada para subir al siguiente nivel, Nina?

Todo o nada.

—Sí —respondo con mi corazón golpeteando en mi pecho—. Estoy preparada.

Los ojos de Scott brillan de ardor.

—Hemos venido preparados para esa posibilidad —abre un cajón debajo del bar y saca una bolsa de papel marrón—. ¿Quieres saber qué hay aquí dentro?

—Sí.

Igual que la primera vez que nos conocimos, mi deseo supera con creces a mis nervios. Puede que mi pulso vaya a lo loco, pero mi cuerpo palpita de deseo.

—Abre la bolsa —instruye Zane. Se recuesta contra el asiento de cuero de la limusina y estira las piernas perezosamente delante de él. Puede que parezca relajado, pero puedo leerle muy bien, y hay cierta tirantez alrededor de su boca que sugiere que no está tan tranquilo como parece.

La división está levantada, y estoy razonablemente segura de que el chófer no puede ver ni oír nada, pero aún así me siento pícara y descarada por lo que estoy a punto de hacer.

Scott nota mi vacilación.

—Oye, Tony —dice en voz bien alta.

No hay respuesta.

—No te preocupes, Neen —me reafirma Zane—. No puede ver nada. Ahora... ¿qué tal si volvemos al juego?

Sí, el juego que pretendo ganar. Con dedos ligeramente temblorosos, abro la bolsa de papel y saco un grueso y pesado tapón anal de cristal.

—No deberían haberlo hecho —digo ligeramente, intentando ocultar la oleada de lujuria que me recorre cuando veo el juguete sexual—. No he comprado nada para ustedes.

También hay lubricante en la bolsa. Estoy bastante segura de saber a dónde lleva todo esto.

—¿Debería introducirme esto? —les pregunto.

Llevo un jersey y vaqueros. Para insertar el tapón voy a tener que desnudarme por completo. No me extraña que Scott no tuviera ningún interés en que me cambiara de ropa.

Zane levanta las cejas.

—¿Y privarnos del placer de hacerlo? —una sonrisa arruga su cara—. Quítate la ropa, Nina. Toda.

La limusina es amplia y espaciosa. Si me paro a pensar, perderé los nervios. Nunca antes he estado desnuda en un coche. Hemos tonteado en el asiento trasero de los taxis, pero eso era magrearse. Esto es definitivamente el siguiente nivel.

Así que no pienso. Solo obedezco y eso es mucho más fácil. Desabrocho mis vaqueros y me los quito contoneando las caderas, quitándome las bragas al mismo tiempo. El asiento de cuero está frío bajo mi culo desnudo, pero continúo, quitándome el jersey y la camiseta para finalmente quitarme mi sujetador de encaje negro.

Me observan mientras me desnudo con ojos ardientes.

—Buena chica —murmura Scott cuando termino—. Túmbate sobre tu estómago, cariño. Apoya la cabeza en el regazo de Zane mientras inserto este tapón en tu trasero.

Me dice “cariño” y otra sacudida de calor me recorre. Me posiciono como me han ordenado. Mi boca está a centímetros de la polla de Zane. Su erección abulta sus pantalones, y yo froto mi palma contra su dura longitud que empuja hacia delante.

—Nada de eso —me regaña alejando mi mano—. Esto no va sobre nosotros hoy, Nina. Hoy se trata de ti.

Espera. ¿Sin sexo? ¿En serio? ¿Van a excitarme y a torturarme sin dejar que me corra? Seguro que no serían tan crueles.

No tengo tiempo de preguntarle a Zane lo que quiere decir. Siento el goteo del lubricante en mi ano, y Scott inserta el tapón lenta y firmemente dentro de mí.

Gimoteo. Han pasado veinte meses y estoy desentrenada. El tapón parece enorme y me está ensanchando de un modo incómodo.

—Sácalo —gruño—. Es demasiado grande.

—Calla —Scott acaricia mi culo antes de darle una fuerte nalgada—. No lo estás intentando. Deja de ponerte tensa y podrás soportarlo.

Reprimo mi respuesta cortante. Tiene razón. Tan pronto como obligo a que mis músculos se relajen, el tapón se desliza en su lugar, mis músculos se cierran alrededor de su cuello.

—Buena chica —dice Scott, su voz cálida y aprobadora—. Levántate. Es la hora de tu recompensa.

Más vale que mi recompensa sea un orgasmo.

—¿Sabes? —dice Zane pensativamente con un brillo divertido en los ojos—. No hemos tomado el postre.

Scott se limpia las manos con un rollo de papel de cocina convenientemente situado, mientras que Zane abre el pequeño frigorífico instalado en la consola de la limusina. Saca un bol de fruta y un bote de nata montada.

—Deberíamos solucionarlo.

Mi respiración se acelera.

—Túmbate otra vez, Nina —dice—. Esta vez de espaldas.

Scott se desliza del asiento, situándose entre mis piernas.

—Durante dos años —gruñe—, he soñado con tu sabor —su dedo acaricia los suaves pliegues de mi vagina y yo lanzo la cabeza hacia atrás, inundada por el calor—. Me gusta esta reacción, Nina.

Mis caderas suben para encontrarse con su mano, pero él no lo acepta.

—No tan rápido, cariño —dice—. Es un viaje largo de vuelta a New Summit. No hay prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Explora mi raja despacio, tentándome, acariciándome por todas partes excepto en mi clítoris. Sosteniendo mi mirada, se lleva el dedo hasta su boca y lo chupa. Mis mejillas se ruborizan.

—Mucho mejor que el recuerdo.

—Venga, el postre —Zane sacude el bote en su mano, luego sujeta la punta contra mi pezón y aprieta. Inhalo con fuerza mientras cubre mis puntas rosadas con nata montada—. ¿Quieres algo de fruta, Nina?

«Oh Dios, sí.»

Temblores de deseo recorren mi cuerpo cuando Zane arrastra una fresa sobre mi pezón endurecido, y luego la lleva a mis labios.

—Come.

Abro la boca. La acidez de la fresa explota en mi lengua, mezclada con la dulzura de la nata. Esto es tan travieso, tan perverso. Me retuerzo de ardor, mi espalda presiona contra el frío cuero de la limusina, mi cabeza se apoya sobre el regazo de Zane, y mi trasero se frota contra el asiento. El tapón anal se mueve dentro de mí cada vez que me sacudo, cada vez que los dedos de Scott pasan por mi coño con una cuidadosa exploración.

Mis pensamientos se disuelven hasta llegar a nada.

—Creo que yo también tomaré una fresa —anuncia Zane. Moja la fruta en la nata montada y, cuando la frota contra mi pezón, juro que voy a entrar en combustión espontánea—. Hmm —dice—. Dulce.

Justo entonces, las manos de Scott abren mucho mis muslos.

—Estoy preparado para saborear más dulzura —dice. Inclina su cabeza hacia mí y su lengua lame mi raja. Cuando llega a mi clítoris, lo succiona entre sus dientes y casi me levanto del asiento al arquearme como respuesta.

—Estoy bastante seguro de que yo estoy tomando el postre más delicioso —dice.

Zane se ríe.

—Estoy seguro de que sí. Pero... —añade, succionando un pezón entre sus labios mientras hace rodar el otro entre su pulgar y su índice—, no me quejo demasiado.

Mientras el coche acelera en la noche, me retuerzo en el asiento trasero, desnuda, expuesta, indiferente. Scott continúa lamiéndome, con lentitud y firmeza. Mis pezones palpitan y mis pechos parecen pesados bajo la cuidadosa atención de Zane.

Sus manos exploran cada centímetro de mi cuerpo. Acarician mi piel y cubren mis pechos, dándole toquecitos a la base del tapón anal, alojándolo más profundamente dentro de mi cuerpo. Sus bocas devoran mi piel, su barba incipiente pincha mi tierna piel. Mi centro comienza a enrollarse bajo su asalto sensual, cada vez más apretado. Un ardiente dolor como lava derretida fluye por mi cuerpo, un impaciente deseo por llegar a mi orgasmo, el cual está tan cerca, pero pulula con frustración fuera de mi alcance...

Entonces Scott desliza dos dedos en lo más profundo de mi vagina, retorciéndolos para encontrar mi punto G. Su lengua lame mi clítoris una y otra vez, el ritmo profundo y constante, y la presa se derrama. Exploto con intensidad que destroza el alma, y puede que nunca vuelva a ser capaz de volver a unir las piezas.

HACEN que me corra dos veces más en el camino de vuelta a casa. Scott y Zane cambian de posición, y entonces Zane entierra su cabeza entre mis piernas y hace que me corra, luego Scott insiste en hacerlo otra vez. Aunque puede que estén deseosos de verme tener orgasmos de un modo indefinido, tras el tercer clímax no consigo mantener los ojos abiertos por más tiempo.

Me quedo dormida en el asiento trasero de la limusina, aún desnuda, tapada con el grueso abrigo de Scott. «Y esto es solo la primera noche,» pienso. El último pensamiento coherente que tengo antes de que el agotamiento me reclame. «¿Puedo sobrevivir a cuatro noches más?»

Ya conozco la respuesta a esa pregunta. Solo que no me gusta.



## NINA

**M**i padre me llama el viernes inesperadamente.

—He oído que han puesto tu edificio a la venta —dice tras un breve intercambio de comentarios amables.

—Sí —he estado esperando toda la semana a que él me llame por eso. Costó cien mil dólares montar La Coqueta Alegre, y sin el préstamo para empezar que me dio mi padre, nunca habría podido abrir mi bar. He devuelto parte del dinero, pero aún le debo sesenta mil dólares. Estoy convencida de que está flipando con la decisión del doctor Bollington de poner mi edificio a la venta—. No hay ofertas hasta ahora, así que es un alivio.

—Estoy seguro de que estás al tanto de la situación —se aclara la garganta—. Debo admitir, Nina, que tuve muchas dudas en cuanto a prestarte el dinero. Estabas viviendo como una nómada, conviviendo con esos dos músicos, y supe que tenía que hacer algo para intervenir. No pensé que fueras a tener éxito con tu bar, pero me equivoqué. Perseveraste con ello y estoy orgulloso de ti.

No es nada nuevo que a mi padre le desagraden Scott y Zane. A ver. ¿Qué padre, sin importar lo distante que sea, quiere que su hija tenga un trío con dos músicos?

Su alabanza, por otro lado, me pilla por sorpresa.

—Gracias —digo con rigidez, sin saber cómo responder—. Agradezco que me lo digas.

—Sí, bueno...

Su voz se pierde y parece estar tan inseguro como yo. Un incómodo silencio crece entre nosotros. La verdad es que, cuando eres una adolescente, ves el mundo en blanco y negro. No hay tonos grises. Mi padre se acostó con alguien mientras mi madre estaba en el hospital, y yo lo usé contra él. Se casó con Joanne solo unos meses después de la muerte de mi madre, y le juzgué con dureza.

De adulta soy más tolerante. Mi padre estuvo allí para cada una de las citas médicas de mi madre. Su esposa estaba muriendo, su hija estaba apenada, y él solo era humano. Puedo entender ahora porqué querría buscar alivio en los brazos de otra mujer, de un modo que no podía entender cuando tenía trece años.

—Joanne se estaba preguntando si te gustaría comer con nosotros el domingo —dice—. Los chicos tienen un torneo de baloncesto por la mañana, pero volveremos a casa al mediodía.

—Eso estaría bien —respondo con honestidad—, pero desgraciadamente ya tengo planes —respiro hondo. No voy a ir de puntillas evitando el tema; mi padre desaprueba a Scott y a Zane, pero va a tener que lidiar con el hecho de que soy una adulta que puede tomar sus propias decisiones—. Scott y Zane están en New Summit —confieso—. Voy a pasar el fin de semana con ellos.

Toma aire ruidosamente.

—Scott y Zane están en New Summit —repite llanamente—. ¿Estás pensando en retomar tu relación con ellos?

Miro fijamente por la ventana. Ha empezado a nevar. Suaves copos caen del cielo y cubren mi patio trasero con nieve polvo, escondiendo las imperfecciones de mi jardín bajo una immaculada alfombra blanca.

—No lo sé.

—¿No? —suena frustrado conmigo—. La última vez que te pidieron que viajaras con ellos, dejaste tu trabajo sin pensártelo dos veces. Si te lo vuelven a pedir, ¿qué vas a decir? ¿Vas a decir que no?

Nunca he podido decirles que no a Scott y a Zane. Nunca.

—No lo sé, papá. ¿Está bien? No tengo todas las respuestas.

Suspira en el auricular.

—Nina —dice con voz ronca—. Sé que no tengo derecho a decirte qué hacer con tu vida. Después de que tu madre muriera, no fui el padre perfecto. Cometí errores. La jodí. Mucho.

Vaya. Mi padre nunca me ha dicho esas palabras. Esta es la primera vez que admite que podría tener algo de culpa en nuestra problemática relación.

—Pero —continúa diciendo—, aún me preocupo por ti. Cuando estuviste con esos músicos —dice con asco claro en su tono—, ibas sin rumbo y a la deriva. Ahora tienes tu propio negocio, uno que has construido desde la nada. ¿Estás preparada para renunciar a él?

No. Ese es mi primer pensamiento instintivo. No estoy preparada para renunciar a La Coqueta Alegre. No puedo regentar mi bar y viajar con Evolving Whistle al mismo tiempo. El año pasado el grupo se pasó la mayor parte del tiempo en Europa. Ir de gira es su modo de ganarse la vida. No los veo dejándolo.

Mi padre hace una buena observación. Cinco noches es todo lo que puedo tener. Después de eso, sin importar lo mucho que quiera que Scott y Zane se queden, tendré que dejarles ir. Nuestras vidas son demasiado diferentes, y nuestras necesidades no pueden reconciliarse. Nosotros tres no estamos destinados a estar juntos. A veces no hay felices para siempre.

Terminamos nuestra conversación. Me quedo mirando fijamente la nieve, y entonces mi teléfono vuelve a sonar. Esta vez es un mensaje de Scott. “Mañana. Seis de la tarde. ¿Nuestra casa?”

Me quedo mirándolo durante mucho tiempo. Luego tecleo mi respuesta. “No”.

«Es la primera vez que les digo no a Scott y Zane.»



## SCOTT

**T**ras el viaje de vuelta en limusina del jueves por la noche, creo que hemos dado un giro nosotros tres. Entonces le envío un mensaje a Nina y recibo su respuesta. “No”.

—No —Zane lee el mensaje en voz alta, luego me clava una mirada seria—. Algo va mal.

—No me digas —le suelto a mi amigo—. Soy bien consciente de ello.

Zane levanta su mano.

—Antes de que te escondas en tu habitación con tu guitarra y escribas tristes canciones de amor, párate a pensar por un momento. ¿Qué aprendimos ayer?

—No tengo ni puta idea —rujo—. Sé que quiero darte un puñetazo en la cara.

Ignora mi rugido.

—Puede que Nina se mantenga firme y luche la mayor parte del tiempo, pero ayer aprendí que se retrae cuando está realmente disgustada. Y —añade con exagerada paciencia—, si se siente vulnerable, deberíamos estar ahí para ella.

Tiene razón. Maldita sea. Y va a sentirse arrogante por ello también, pero estoy deseando lidiar con sus burlas porque tiene toda la razón sobre Nina.

—¿Trabaja en el bar los viernes por la noche?

Zane sacude la cabeza.

—No, lo hacen los dos camareros que conocimos, James y Lucas —le dedico una mirada inquisitiva y él se encoge de hombros—. Esta es una pequeña ciudad chismosa. He aprendido que James y Lucas están en una relación con la misma mujer, una amiga de Nina llamada Cassie, y también he sabido que presentan un programa de internet sobre sexo. Es todo muy escandaloso, o eso me dijo la mujer del supermercado.

Me da igual. No estoy interesado en chismorreos malintencionados.

—Entonces, ¿Nina está en casa?

Zane asiente.

—Vamos.

Cojo mi abrigo.

—Necesitamos parar a comprar comida china primero.

A Nina le encanta la comida china. Es su comida de consuelo y, si está disgustada, voy a presentarme en su casa con una sopa agridulce picante.

—Buena decisión.



## NINA

**T**ras responder al mensaje de texto de Scott, me pongo mi gruesa chaqueta de invierno y me dirijo al China Garden. Tengo la intención de comerme dos raciones de rollitos de primavera para ver si curan mi dolorido corazón.

—Hola, Maggie —saludo a mi amiga, quien está trabajando recibiendo a los clientes hoy—. ¿Puedo hacer un pedido para llevar?

—Claro —dice rápidamente—. Dominic me cubre dentro de veinte minutos. Si quieres comer aquí, yo te acompañaré.

Normalmente aceptaría su oferta. Hoy no.

—¿Podemos dejarlo para otro día?

—Por supuesto —mira mi rostro con el ceño fruncido—. ¿Has estado llorando, Nina? —me pregunta—. ¿Va todo bien?

—En realidad no.

Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza y, sin importar cómo lo vea, no puedo negar la verdad de sus palabras. Si sigo viéndome con Scott y Zane, va a haber un momento en el futuro próximo en el que tendré que elegir entre La Coqueta Alegre y ellos.

Tres años antes, los habría escogido a ellos. Ahora soy mayor y he aprendido que necesito tener mi propio propósito. No puedo verlos vivir sus sueños y renunciar a los míos. Ese camino solo lleva al resentimiento.

—¿Quieres hablar de ello?

Si se lo cuento todo a Maggie, voy a romper a llorar en medio de un restaurante abarrotado, y para cuando salga el sol mañana por la mañana, toda la ciudad de New Summit sabrá que esa mujer que regenta La Coqueta Alegre tuvo un ataque de nervios en público.

—Hoy no, Maggie.

Me lanza una mirada preocupada.

—¿Esto tiene algo que ver con Scott y Zane? —mi cabeza se levanta de golpe y debo parecer sorprendida, porque se explica mejor—: Mi madre y yo estábamos visitando una de las casas nuevas y te vimos hablando con ellos.

No sé por qué, pero mi primer impulso es mentirle a Maggie.

—Solo estaba inspeccionando el lugar —digo, manteniendo un tono ligero—. Tras nuestro almuerzo del otro día, pensé en ir a ver qué aspecto tenían las casas, eso es todo.

Ella no parece convencida, pero abandona el tema.

—Está bien —dice—. ¿Te apetece tomar algo?

YA ME HE COMIDO un rollito de primavera de la caja y he vaciado el arroz frito en un bol cuando llaman a la puerta. Son Scott y Zane.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho. Me obligo a reprimir la alegría que siento cuando los veo allí.

—No estoy de humor para juegos.

—Bien —responde Zane, sosteniendo una abultada bolsa de plástico en sus manos. Reconozco el logo de la pagoda roja del China Garden—. Nosotros tampoco. Por otro lado, estamos de humor para comer comida china. ¿Quieres?

Zane y Scott no tienen una relación especial con la comida china. Han traído comida para mí. Sería maleducado y descortés por mi parte rechazarles.

—Pasen.

Entran y miran en torno a mi colorido y abarrotado espacio. Las paredes están pintadas de un turquesa brillante que me recuerda al océano. Las fotos que tomé mientras viajaba con Scott y Zane están por todas partes. Pero solo paisajes. Aunque les hice muchas fotos a los dos hombres durante nuestros dieciocho meses juntos, esas están enterradas en una caja en el fondo de mi armario.

—Parece que te nos has adelantado —dice Scott con remordimiento, señalando las cajas de comida china sobre la mesa—. Maggie podría habernos avisado.

—¿Le dijeron que venían aquí? —me encojo—. Genial, ahora va a saber que soy una mentirosa.

—¿Somos un secreto, Nina? —exige Zane—. ¿Prefieres que tus nuevas amistades no sepan nada sobre nosotros?

Suspiro.

—Por supuesto que no —voy a la cocina para agarrar un par de platos más mientras los chicos disponen las cajas sobre la mesa. Además de la sopa agridulce picante y los rollitos de primavera, también tienen ternera y brócoli, gambas con verduras, un pedido de pollo con anacardos, y más arroz frito—. ¿A cuántas personas pretendían alimentar? —pregunto, mirando el enorme festín—. ¿No les advirtió Maggie sobre las raciones en el China Garden? Son enormes.

—Nos advirtió. No sabíamos con exactitud lo que te apetecía.

Maldita sea. Dejen de ser amables conmigo.

Les debo la verdad o, al menos, parte de ella. No soy la chica que era y no los haré pasar por más locas pruebas nunca más, exigiéndoles que las pasen para demostrar su amor.

—No pretendía rechazarlos —digo a modo de disculpa—. Mi padre llamó. Dijo algo que me disgustó.

Scott me rodea con su brazo y Zane me ofrece un rollito de primavera. Le doy un bocado y permito que me lleven hasta el sofá.

—Siéntate —me instruye Zane—. Dinos qué necesitas. Estamos aquí para ti. Si quieres hablar, te escucharemos. Si quieres quejarte, somos todo oídos.

No quiero hacer ninguna de las dos cosas. Solo quiero apoyarme en sus hombros y fingir por una noche que esto no va a acabar en desastre.

—¿Se quedarán conmigo? —susurro—. ¿Toda la noche?

Zane se inclina y sus labios rozan los míos.

—Por supuesto que sí, Neen.

Comemos en silencio. Una vez hemos terminado, Zane deja las sobras en el frigorífico mientras Scott lava los platos, ignorando mis protestas. Abro la despensa y miro el contenido de mi botellero.

—Se me ha acabado la cerveza —les digo—, pero hay vino tinto si quieren beber.

—Suená bien —acepta Scott al instante, levantando la mirada del fregadero, donde está metido en agua jabonosa hasta los codos.

—¿Y desde cuándo lavas los platos? —le pregunto.

—Siempre lavo los platos —responde con calma—. No viste esa parte de mí en la gira, eso es todo —me sonrío—. Tras años de locura, es agradable hacer cosas normales. Lo he echado de menos.

—Has echado de menos lavar los platos —sacudo la cabeza irónicamente—. Es lo más raro que he oído nunca.

VOLVEMOS a instalarnos en el sofá con vasos de vino en nuestras manos, con Scott y Zane a cada lado.

—¿Puedo preguntarles algo? ¿Por qué no me follaron anoche? Saben que los deseaba. Si hubieran pedido... —mi voz se detiene y los miro, esperando su respuesta.

—Yo no lo habría pedido —responde Scott de inmediato. Zane asiente su conformidad.

—¿Por qué no?

Los ojos de Scott se clavan en los míos y no puedo desviar la mirada.

—No quiero hacerte el amor, Nina —dice calladamente—, si la única razón por la que estás haciendo esto es para que puedas ganar un juego y nos saques de tu vida. Las cosas no funcionaron entre nosotros, Nina, pero ¿tanto nos odias?

Me trago el nudo de mi garganta.

—No los odio —susurro—. No es por eso por lo que quiero que se vayan —miro fijamente la copa de vino en mi mano—. No puedo soportar la idea de verlos con otra persona —admito con un hilo de voz.

Zane se ríe con dureza.

—Cuando te marchaste, —dice—, te llevaste la alegría de nuestros mundos. Hemos existido en piloto automático desde entonces. No hay nadie más, Nina. Nadie puede compararse contigo.

Han pasado dieciocho meses. No está diciendo lo que creo que está diciendo, ¿verdad? Los dos son imanes para las chicas. Las mujeres babeaban por Zane, atraídas por sus ojos oscuros y su voz enternecedora. Cuando ven a Scott salir a escena, y sus dedos vuelan sobre su guitarra, le miran poniéndole ojitos, esperando que sus talentosos dedos toquen todas sus fibras.

Proceso sus palabras. Me prometieron que este juego no iba de sexo. No van a tocarme a menos que yo se lo pida.

Las palabras revolotean en la punta de mi lengua.

No puedo mentirles a Scott y a Zane, y fingir que tenemos un futuro. Mi conversación con mi padre dejó muy claro que los tres no tenemos futuro.

Pero los deseo esta noche.

Tragándome mis nervios, apoyo mis palmas sobre sus muslos, mis dedos se curvan alrededor de sus fuertes músculos.

El martes había ido a su casa, les había gritado para que se marcharan de la ciudad y dejaran mi vida tranquila.

El miércoles me habían cantado una serenata en mi bar, cantando una canción de amor con letras tan emotivas que pensar en esas palabras hace que se me cierre la garganta de emoción.

Ayer habían planeado una visita privada fuera de horas al MOMA y me dieron orgasmos en la limusina de vuelta a casa.

Y hoy, porque pensaban que estaba disgustada, aparecieron con comida china. Porque no querían que estuviera sola.

Han cambiado. Yo he cambiado. El martes no me habría acostado con ellos, sin importar cuanto calor corriera por mis venas. Hoy no puedo negar mi deseo. No puedo esconderme de la verdad.

—Los deseo esta noche —digo—. Por favor...

La mirada de Scott está turbada.

—Estás triste —comienza a decir. Sé lo que va a decir a continuación. No quieren aprovecharse de mi confusión.

Antes de que cada uno de ellos pueda expresar ese pensamiento, me pongo de pie. Con horror me doy cuenta por primera vez de lo que llevo puesto. Un chándal descolorido y un viejo jersey azul marino deshilachado. Probablemente parezco un completo desastre.

Me desnudo. La sala está ligeramente fría y se me pone la carne de gallina.

—Los deseo —repito—. Por favor, no me hagan suplicar.

Sus ojos nunca abandonan mi cuerpo y ambos se levantan.

—Haremos que nos supliques que te dejemos correrte, Nina —dice Zane, su voz baja y callada—. Haremos que supliques que dejemos de torturarte, que nos demos prisa, que nos pongamos un condón de una puta vez... —sus labios se curvan en una sonrisa—. Pero Neen, nunca vamos a hacer que supliques estar con nosotros.

—Aquí no —interviene Scott—. Hemos esperado este momento durante veinte meses. Puedo esperar a que lleguemos al dormitorio. Creo.

Rujo de frustración y una sonrisa tira de las comisuras de la boca de Scott por mi impaciencia. Los guio escaleras arriba hasta mi dormitorio y ellos me siguen, sus ojos están clavados en mi culo. En el momento en que entro en la habitación, Zane me tira sobre la cama y los dos se abalanzan sobre mí, besándome, acariciándome, explorando cada centímetro de mi cuerpo.

Los deseo tanto que me duele todo el cuerpo. Mi estómago se estremece y mi coño se siente pesado de deseo. Sus caricias son posesivas, sus besos apasionados, pero quiero más. Necesito sentir sus cuerpos desnudos contra el mío.

—Esto no es justo —protesto—. Aún están vestidos.

Una sonrisa recorre el rostro de Zane. Sus pulgares rozan mis pezones y observa cómo se hinchan en respuesta a su tacto.

—Tienes razón —acepta. Se quita la camiseta y la tira a un lado. Inhala bruscamente cuando esos abdominales como una tabla de lavar aparecen a la vista, y él se ríe. Tirando de mí contra su cuerpo, roza mi oreja con sus labios—. Eres tan jodidamente hermosa, Nina —susurra.

Le sonrío, envuelta por su calor.

—Tú también eres bastante sexi —respondo, recorriendo con mis dedos la pizca de pelo que cubre los duros músculos de su pecho. Su polla abulta sus pantalones y paso mi mano por su erección, frotando su gruesa verga, sintiendo cómo se endurece más por mi tacto.

Él gruñe y mi cuerpo se emociona por su reacción.

—Quítate los pantalones —animo a Zane—. Tú también, Scott.

Scott obedece, sus pantalones y su camiseta vuelan por la habitación. Se tumba en la cama también, y su pecho presiona contra mi espalda. La punta de mis dedos caracolea por mi piel y acarician la curva de mi hombro antes de deslizarse hacia abajo para cubrir mi trasero.

Se me corta la respiración.

—¿Vas a volver a darme una nalgada? —pregunto, con mi piel cosquilleando de anticipación. Puedo sentir la gruesa polla de Scott empujando contra mis nalgas, y si no me azota o me folla, puede que grite de frustración.

—Tal vez.

Delante de mí, Zane hace rodar mis pezones entre su pulgar y su dedo índice, haciéndome gemir de placer. Le rodeo con mis brazos y ladeo mi cabeza para darle un beso; sus labios rozan los míos suavemente antes de acercarme más y profundizar su beso.

He echado tanto de menos esto.

Zane captura mi boca con hambrienta urgencia, y su lengua baila y juguetea con la mía. Al mismo tiempo, la mano de Scott se cuela entre mis piernas. Gruño cuando sus dedos separan mis labios. Estoy tan húmeda, tan preparada.

Scott se ríe.

—Estás empapada, Neen —dice, metiendo dos dedos en mi caliente y resbaladizo canal.

Gimoteo mientras me folla con sus dedos.

—Más —suplico.

—¿Más? —Zane levanta una ceja y sus labios forman una sonrisa arrogante—. Eso es bastante ambiguo, Nina. Dinos exactamente lo que quieres.

En cualquier otro momento podría sentirme avergonzada por lo que Zane me está pidiendo que haga, pero no ahora. Mi deseo va a toda potencia y amenaza con desbordarse, y los necesito ahora. Los preliminares torturantes pueden esperar; necesito que me llenen sus gordas pollas.

—Fóllame.

Mis dedos desabrochan el botón de los pantalones de Zane. Bajándole la cremallera, se los bajo por las caderas, agarrando con

impaciencia su gruesa verga. Cierro mis dedos alrededor de la base y bombeo con mi puño ese acero aterciopelado, perdida en el deseo. Zane gruñe, apretando los ojos, y su rostro se contrae de deseo.

Con mi otra mano, la alargo hacia atrás y toqueteo buscando la erección de Scott.

—Oh, sigue así, cariño —respira en mi oído cuando encuentro su pene—. Eso es. Quieres mi polla, ¿verdad? La quieres profundamente dentro de ti, llenándote hasta el fondo. ¿Verdad que sí, Nina?

—Sí —exhalo, mi cerebro nublado por la lujuria.

Los dedos de Zane se unen a los de Scott en una lenta exploración de mi coño. Los dos acarician mis pliegues y juguetean con mi botón hasta que estoy dolorida, hasta que soy una temblorosa bola de deseo.

—Ahora —jadeo—. Por favor, fóllenme.

Hicieron que me corriera ayer, una y otra vez, con sus bocas y sus dedos, y yo quiero devolverles el favor. Quiero que se entierren hasta el tope dentro de mí.

—Sí, joder —gruñe Scott—. No puedo esperar más, Neen. Zane y yo vamos a follarte tan a conciencia que vas a tener problemas para andar en línea recta.

Sí. Por fin.

—Promesas, promesas —me burlo con una amplia sonrisa.

—¿Tienes lubricante? —pregunta Zane.

Niego con la cabeza.

—Hay aceite para bebés en el cuarto de baño —respondo—. En el primer cajón de la derecha.

—Eso servirá.

Zane se libera de mi agarre y se dirige al cuarto de baño, quitándose los pantalones y los calzoncillos por el camino. Regresa diez segundos más tarde con el aceite.

Estoy tan excitada que no puedo respirar.

Scott cambia de posición, tumbándose de espaldas. Coloca un condón sobre su larga longitud y tira de mí hasta situarme encima de él.

—Móntame —ordena con voz ronca.

Bajo despacio sobre su polla, jadeando por el modo en que mis músculos se estiran para acomodarle.

—Ha pasado mucho tiempo —gimoteo mientras me empalo en su verga que empuja contra mí—. Sienta tan bien.

—Sí, joder —sisea Scott. Sus manos aprietan mis pechos y pellizcan mis pezones, y me levanto de su longitud, casi haciendo que salga por completo de mí antes de volver a hundirme—. Tan bien.

Zane también se pone un condón.

—Inclínate hacia delante —dice, empujando la parte baja de mi espalda. Hago lo que me pide, mis pezones rozan el vello del pecho de Scott, y siento el goteo del aceite infantil sobre mi trasero.

Me quedo sin respiración.

—Tendremos cuidado —promete Zane, malinterpretando mi anticipación por miedo. Empuja un dedo dentro de mi culo y jadeo cuando la sensación de estar llena crece dentro de mí.

Debería decirle que no tengo miedo, sino que las sensaciones me asaltan desde todas direcciones. Puro calor irradia por todo mi cuerpo y mis pensamientos se van con el viento. Zane añade otro dedo y, cuando lo hace, el pulgar de Scott traza un suave círculo alrededor de mi clítoris.

Mis músculos se contraen ante su tacto.

—Nina —gruñe Scott—, si sigues así voy a explotar.

—Todavía no.

Zane retira sus dedos. La cabeza de su polla empuja contra mi culo. Tomo aire con fuerza cuando mis músculos se estiran para acomodarse a su grosor. Oh Dios, estoy tan llena. La polla de Scott en mi coño, la verga de Zane en mi trasero... se me había olvidado lo sobrecogedoramente bien que se sentía al hacerlo.

Entonces comienzan a moverse.

He estado peligrosamente cerca del orgasmo desde que Zane me tirara sobre la cama. Cuando siento que ambos entran y salen de mí, no puedo contenerme más. Exploto en un millar de piezas. Atrapada entre sus cuerpos, me retuerzo mientras oleada tras oleada de placer me inundan.

Aumentan el ritmo. Coordinan sus embestidas, ambos saliendo de mí, dejándome con una sensación de vacío, luego empujando al

unísono. No tengo tiempo de recuperarme. Paso de un orgasmo directamente al siguiente. Estoy llena, tan llena. Exploto entre los dos, casi sollozando por la intensidad de mi clímax.

Están justo ahí conmigo. Scott sujeta mis caderas y los dedos de Zane se clavan en mi trasero, y sus caderas se sacuden cuando ambos se vacían dentro de mí.

DESPUÉS ME ACURRUCO entre sus cuerpos y escucho su respiración mientras duermen, profunda y regularmente. Casi me mató dejarles la primera vez.

Y voy a tener que hacerlo de nuevo.



## ZANE

**U**n débil sol invernal se esfuerza por abrirse camino saliendo desde atrás de un cielo lleno de nubes, pero cuando despierto en la cama de Nina me siento como el tipo más afortunado del mundo.

A mi lado, Nina está profundamente dormida, su rostro parece en paz y extrañamente vulnerable. Scott ya está despierto. Está apoyado sobre un codo y la está mirando con expresión torturada.

—Debería haber ido tras ella —dice, su voz un susurro en la callada habitación—. No debería haber permitido que pasaran casi dos años. Si tu padre no hubiera pedido ayuda con su urbanización...

Me estremezco ante la idea. Scott tiene razón. Se nos ha dado una segunda oportunidad, y no voy a joderla.

Necesitaremos hacer muchos cambios en nuestras vidas. No podemos estar de gira constantemente; Nina tiene un bar que regentar y necesitará estar allí. Tendremos que recortar conciertos o incluso disolver Evolving Whistle.

Eso no es algo malo.

Mi padre ha estado insinuando que le gustaría que yo trabajase en el negocio familiar. Ha construido su empresa desde cero y tiene docenas de empleados. Sé que quiere pasar la empresa a la siguiente generación, y mi hermana Tía nunca ha expresado un auténtico interés en el negocio inmobiliario.

¿Y Scott? Aunque mi compañero en el grupo había lanzado la idea de comprar el edificio de Nina porque estaba enfadado, ha expresado un real interés en dirigir una sala de conciertos. Si comprara el edificio de Nina y convirtiera el espacio junto a La Coqueta Alegre en un recinto para conciertos...

Me estoy adelantando. Le hemos prometido cosas a Nina antes y no las hemos cumplido. Esta vez voy a hacerlo bien. Las palabras no son suficientes. Necesito actuar. Necesito demostrarle a Nina que he cambiado.

Esta vez voy a poner sus necesidades por delante. Como debería haber hecho desde el principio.

Los ojos de Nina parpadean y se abren, y nos encuentra mirándola fijamente.

—¿Tengo un grano en la nariz? —pregunta adormilada—. Porque si es así, no me lo digan.

Me río.

—No hay grano —le aseguro—. Aunque tengo un problema con el que podrías ayudarme.

Sus labios se sacuden.

—Ah, erección mañanera —se sienta en la cama, desperezándose con pereza, y no puedo dejar de mirar sus pechos. Joder, es preciosa—. Vaya dicha para mis ojos.

En unos sesenta segundos voy a perder la habilidad de pensar. Antes quiero que sepa lo que siento.

—Nina —digo, cerrando mi mano alrededor de su muñeca para evitar que agarre mi polla—. Cuando te marchaste, dejé que mi orgullo se interpusiera en lo que importaba —respiro hondo y la miro a sus ojos verdes—. Debería haber ido tras de ti, y debería haber hecho lo que fuera para mantenerte en mi vida. Esta vez no cometeré el mismo error.

Sonríe ampliamente.

—Vaya tema más serio para una perezosa mañana de fin de semana —dice ella con tono ligero—. Puedo pensar en formas más divertidas de empezar el día. ¿Y ustedes?

Hay algo en su tono que no suena a verdadero. A juzgar por el ceño fruncido en el rostro de Scott, él también lo presiente. Pero han pasado veinte largos meses desde que Nina estuviera en la cama

con nosotros. Cuando rodea mi polla con sus labios, se me olvida lo que voy a decir y me rindo al placer que recorre todo mi cuerpo.



## NINA

**S**oy una auténtica cobarde.

Podría haberles contado por qué estaba disgustada, pero no lo hice. ¿Saben por qué? Porque estoy aterrorizada.

Durante los últimos cinco años, la única prioridad en la vida de Zane y Scott ha sido su grupo. Estaban de gira constantemente. Han lanzado cinco discos. Han vivido sus vidas en la carretera, sacrificando cualquier parecido con la normalidad por la recompensa del éxito.

Ya les va bastante bien. Cuentan con gran reconocimiento en la escena musical indie. En cualquier momento un sello discográfico de los grandes podría llamar a su puerta.

Comparado con eso, ¿qué les ofrezco yo? Soy una ex camarera, propietaria de un bar con una relación problemática con mi familia, profundas cicatrices por la muerte de mi madre, y una tendencia a huir cuando me siento vulnerable.

Puedo ver todos los indicios.

En vez de enfrentarme a mis problemas directamente, estoy refugiándome en un poderoso cóctel de sexo y negación.

Es sábado y estoy trabajando tras la barra de La Coqueta Alegre. James, Lucas, y Cassie han terminado finalmente con las reformas de su casa, y van a dar una fiesta de inauguración para celebrarlo.

Como todo el mundo a los que conocemos van a la celebración, decidí cerrar temprano.

—Estaré allí a las ocho —le prometí a Cassie esta mañana—. Cerraré el bar a las siete y me dirigiré a tu casa tan pronto como consiga echar al último borracho.

A las seis y media, la puerta se abre. Levanto la cabeza para avisar a los recién llegados de que cerramos en treinta minutos, pero las palabras mueren en mis labios. Son Zane y Scott.

—Te llamé antes esta tarde, Nina —dice Zane, sentándose en un taburete y mirándome con una ceja levantada—. No contestaste.

Cuando llamó estaba sintiendo lástima de mí misma y no podía soportar la idea de hablar con él.

—No oí el teléfono —miento—. He visto la llamada perdida hace unos minutos.

—¿Ibas a devolvernos la llamada? —pregunta Scott, y su mirada es súper perceptiva.

—Por supuesto —respondo con ligereza—. Ha sido una tarde ajetreada, eso es todo. ¿Qué pasa con el interrogatorio?

—¿Por qué no me crees ni una palabra de lo que estás diciendo, Nina? —pregunta Zane—. Te estaba llamando para decirte que la segunda noche del juego era esta noche —se encoge de hombros—. O podrías abandonar.

No puedo abandonar. He estado pensando en ello. No pondré a Scott y a Zane en una situación en la que se vean obligados a elegir entre su grupo y yo. Los quiero demasiado como para hacer eso. Ganar el juego es mi única forma de escapar. Si puedo convencerles de que no estoy interesada en retomar nuestra relación, entonces se marcharán de New Summit.

«Cuatro noches más, Nina.» Puedes hacerlo.

Levanto la barbilla.

—No voy a abandonar.

—Bien.

Zane me tiende una bolsa blanca de plástico. Incapaz de resistirme, echo un vistazo dentro para encontrar algún tipo de prenda, rosa fucsia y negro, y un par de tacones negros. Mi pulso comienza a acelerarse. «¿Es esto lo que creo que es?»

—Cuando sea la hora de cerrar el bar, quiero que cierres las persianas, Nina. Cierra la puerta con llave, ve a la trastienda, y cámbiate con ese conjunto.

Oh cielo santo. Mátenme ahora. Vamos a recrear la noche en la que nos conocimos. Es la primera vez una vez más y no creo que pueda hacerlo. Hace tres años yo me sentía recelosa, pero aún así estaba espabilada y preparada para la aventura. Ya no soy esa mujer. He visto nuestro futuro y no hay un felices para siempre reservado.

No puedo fingir.

Tanto Scott como Zane me están observando con los ojos entrecerrados. Ya es hora de que realice una actuación ganadora de un Oscar.

—Prométanme —digo, guiñándoles un ojo, aunque mi corazón se está rompiendo por dentro—, que esta vez no van a recorrer mi cuerpo con cubitos de hielo.

Los labios de Zane forman una media sonrisa.

—Esa no es una promesa que pueda cumplir.

La Coqueta Alegre está casi vacía; solo hay dos grupos de personas aquí. Mientras Zane y Scott esperan en la barra, me acerco a las mesas con las rodillas temblorosas y los aviso de que vamos a cerrar en media hora. Cuando se marchan, cierro las persianas, echo la llave a la puerta, y apago el cartel de Abierto. Luego me giro hacia ellos.

—¿Ahora qué?

Scott enarca una ceja.

—Quítate las bragas, cariño, y dámelas —dice, repitiendo las palabras que me dijo la primera noche en que nos conocimos.

Hace tres años me enrollé con Zane y con Scott en un bar, y marcó un comienzo para nosotros. Esta vez, cuando hagamos el amor, es una señal de que el fin está cerca.



## SCOTT

Una semana más tarde, Zane y yo hablamos finalmente sobre el futuro de Evolving Whistle, y ambos estamos de acuerdo. Si hay que elegir entre Nina y el grupo, ambos elegiremos a Nina. No hay comparación, ni de lejos.

Pero Evolving Whistle no es solo nosotros dos. Andy y Jeremy también necesitan opinar.

Hemos decidido deliberadamente no incluir a nuestro mánager Chris Muller en esta reunión. Le va a dar un infarto al oír nuestra decisión, pero así es la vida. Sigue presionándonos, diciéndonos que estamos a punto de firmar con uno de los principales sellos discográficos, pero yo soy realista y sé que no hay muchas posibilidades de que eso pase. Chris nos ha estado diciendo lo mismo durante los últimos cinco años, y empujándonos a realizar gira tras agotadora gira se está convirtiendo en alguien muy rico.

Durante las últimas dos semanas he sido más feliz de lo que lo he sido en los últimos veinte años. He encontrado la musa que había perdido. Soy más creativo. La música parece algo fácil y divertido, no el implacable trabajo penoso en el que se había convertido desde que Nina nos dejó.

Zane y yo somos increíblemente afortunados. Hemos vuelto a encontrar a Nina. Una segunda oportunidad es algo raro, y no vamos a malgastarla.

«¿Y qué hay de Nina?» Una voz en lo más profundo de mi cabeza me pregunta. «Ella nunca ha dicho claramente que quisiera

una segunda oportunidad.»

Desecho esa voz. Puede que Nina no hubiera dicho esas palabras, pero sus acciones hablan con más fuerza que sus palabras. La noche en la que comimos comida china en su casa, el sábado pasado en La Coqueta Alegre, antes esta semana cuando pasó toda la noche con nosotros... esas cosas nos dicen todo lo que necesitamos saber.

JEREMY Y ANDY llegan a la una el sábado por la tarde.

—¿Cómo les va a tus padres? —le pregunta Andy a Zane, mientras nos instalamos en los sofás para ver el partido de fútbol—. ¿Ha perdonado tu madre a tu padre ya?

—Creo que les va mejor —responde Zane—. Por supuesto, ahora están de vacaciones. La auténtica prueba será cuando vuelvan a casa.

Abro un par de bolsas de patatas fritas y dejo un pack de seis cervezas sobre la mesita de café. Andy coge una, pero Jeremy niega con la cabeza.

—No voy a beber —responde—. ¿Tienen refrescos?

—Hay un par de latas de Coca-Cola en el frigorífico —contesto—. Pensaba que iban a quedarse toda la tarde. Hay mucho tiempo para que se te pase el pedo antes de volver a la carretera.

—No, no es eso —Jeremy respira hondo—. Necesito contarles algo, chicos —dice con una expresión resuelta en su rostro—. Tengo un problema con la bebida.

Andy, Zane, y yo intercambiamos miradas. No creo que ninguno de nosotros sepa qué decir a continuación.

—¿Ah sí? —pregunta Zane tras una larga pausa.

—Sí —Jeremy abre la lata de Coca-Cola y da un trago—. En público tenía reglas muy estrictas —dice—. Tenía un límite de dos copas y tendía a tomar solo cerveza. Pero después de los conciertos, en la intimidad de mi habitación del motel, cuando no había nadie a mi alrededor, me bebía media botella de whisky cada noche.

—Joder —la voz de Andy suena atónita—. Nunca lo supimos.

—Soy un borracho altamente funcional —dice Jeremy con ironía—. Pero soy un borracho de todos modos. Me he despertado en mitad de la noche cubierto de vómito. Empecé a dejar un cubo al lado de la cama todas las noches que estábamos en la carretera para no destrozar las sábanas. Era un puto desastre, pero era brillante recuperando la compostura por la mañana. Se me daba genial mantenerlo en secreto.

Mira directamente a Zane.

—Por primera vez en cinco años he pasado dos semanas durmiendo en la misma cama —dice—. Ha sido bueno para mí, Zane. Durante cinco años me he dicho que Evolving Whistle era lo más importante en mi vida, pero no lo es. Mi abuelo era un alcohólico que usaba a su mujer e hijos como si fueran sacos de boxeo. Toda mi familia tiene una relación profundamente problemática con el alcohol. Voy a hacer lo que sea que haga falta para asegurarme de que no soy otra estadística Knox.

Le lanza una mirada firme a Zane.

—No voy a ir a la gira por Asia este invierno —dice—. No me importa lo que Chris diga. De hecho, voy a dejar el grupo.

—¿Qué gira por Asia? —pregunto sin comprender—. Le dijimos a Chris que la cancelara.

Andy frunce el ceño.

—¿Estás seguro? Hablé con él hace dos días. Me dijo que seguíamos adelante, y que estaría decepcionando a todo el mundo si yo no cooperase.

Jeremy asiente.

—Sí, a mí me dijo lo mismo.

—¿Es de eso de lo que creen que va esta reunión? —exige Zane—. ¿Pensaban que íbamos a hablar sobre la gira?

—Sí —replican ambos con idénticas expresiones infelices en sus rostros—. Te quiero, amigo —añade Andy—, pero no puedo hacerlo. Estoy con Jeremy. Quiero dejarlo. Sé que esto va a sonar a sacrilegio, pero ya no me importa una mierda.

—No es por eso por lo que los he llamado —dice Zane. Su voz suena crispada por la rabia—. Chris les mintió. Como ha dicho Scott, le dijimos que se olvidara de lo de Asia. No sé por qué iba a decirles que nos habíamos apuntado.

—Yo sí —dice Andy—. A ver, venga ya. Digamos las cosas como son, ¿está bien? Chris ha hecho esta clase de jugarreta antes. Divide y vencerás, ese es su estilo. Y no es solo con nosotros cuatro. ¿Recuerdan esa extensión de la gira de hace dos años? Le dijo a Nina que estaba todo organizado, aun cuando no lo había discutido con ustedes, y ella se puso furiosa. Estoy bastante seguro de que fue por eso por lo que se marchó.

—¿Tú sabías la razón por la que se había marchado Nina? —miro a Andy con rabia, mis manos formando apretados puños. Yo pensaba que Andy era mi amigo, maldita sea. ¿Cómo pudo ocultarnos eso? —¿Por qué no nos lo contaste?

Él mira de frente mi mirada rabiosa.

—Porque pensé que era la razón equivocada pero el resultado correcto. Nina se sentía desgraciada en la carretera, Scott. Tú eras demasiado jodidamente terco como para verlo, y Zane estaba demasiado ocupado persiguiendo su sueño como para prestar atención —le da un largo trago a su cerveza—. Y tenía razón, ¿verdad? Ninguno de ustedes se preocupó lo bastante como para ir tras ella.

—Basta —la voz de Zane suena dura—. Todos la jodimos de unas mil formas diferentes. No puedo volver y arreglar el pasado, pero puedo aprender de mis errores —le lanza a Andy una mirada firme—. Chris es tu primo —dice—. Lo habría despedido hace años si no fuera por eso.

—Ojalá hubieras hablado conmigo —responde Andy con tristeza—. Yo creía que seguías con Chris porque te gustaba tu estilo de vida de estrella del rock. Nos estaba consiguiendo contratos y tú estabas persiguiendo tu sueño.

—No sé lo que estaba haciendo —Zane tiene una expresión frustrada en el rostro—. Nunca tuve ni un momento para pensar. Siempre había algo que hacer.

—Eso no fue un accidente, ¿verdad? —dice Jeremy—. Chris nos mantenía ocupados por un motivo. Si hubiéramos hablado entre nosotros, nos habríamos dado cuenta de que todos éramos infelices.

Jeremy ha dado en el clavo.

—¿Por qué nos llamaron hoy? —pregunta Andy—. Si no fue por lo de Asia, ¿entonces por qué?

Intercambio otra mirada con Zane.

—Nina vive en New Summit —admito—. Durante las últimas dos semanas hemos... eh... reconectado.

Hay una gran sonrisa en el rostro de Jeremy.

—Follando como conejos, quieres decir —dice por lo bajo—. ¿Cómo le va?

—Realmente genial —dice Zane radiante—. Es la dueña de un bar llamado La Coqueta Alegre. Está ocupada todo el tiempo. Le va genial —nos mira a los tres—. Ustedes son mis amigos —dice calladamente—. Debería haber visto que eran infelices. Siento no haberme dado cuenta.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. Jeremy quiere dejarlo. Y Andy también.

Zane parece más calmado de lo que yo había esperado que estuviera.

—Creo que la respuesta es clara —responde—. Hemos terminado —levanta su botella de cerveza hacia nosotros—. Nos ha ido bien —dice.

Andy está quemado. Jeremy tiene un problema con el alcohol. Nosotros perdimos a la mujer que amábamos. El precio de la fama es demasiado alto y estamos hartos de pagarlo.

Choco mi botella con la suya.

—Por Evolving Whistle —digo—. Por el fin de una era —pienso en los ojos verdes de Nina y añado—: Y por el comienzo de una nueva.

—A Chris no va a gustarle esto —advierte Andy—. Va a intentar hacernos cambiar de idea.

Sonrío sombríamente.

—Que lo intente.



## NINA

**E**l domingo por la mañana, Maggie me hace una visita.

—Escúpelo —dice bruscamente—. Me mentiste sobre Zane y Scott. Cuando viniste a por comida para llevar el viernes pasado parecía que habías estado llorando, y no fuiste a la fiesta de Cassie del sábado pasado ni a nuestra comida del martes —se sienta en mi sofá y me clava una mirada estricta—. No voy a ir a ninguna parte hasta que me cuentes qué está pasando.

Pongo los ojos en blanco.

—Reina del drama —me burlo—. Sé que tienes que estar en el trabajo a la una. Voy a hacer café. ¿Te apetece una taza?

—¿Viene con una porción de verdad? —pregunta con intención.

Ay.

—Está bien —digo levantando las manos—. Te lo contaré todo. Leche y dos de azúcar, ¿cierto?

—Sí, por favor.

Pongo la cafetera. Mientras se hace, le cuento a Maggie lo que ha estado pasando. Cuando termino de contarle toda la historia, la miro con un gesto de impotencia.

—No tengo otra opción —digo con voz apagada—. A veces las cosas simplemente no funcionan.

Ella suelta un bufido.

—Estás siendo ridícula —me dice—. Y tú me acusas de ser una reina del drama. Le dijo la sartén al cazo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto dolidamente—. Venga, Maggie. No alucinemos. Por un lado, Scott y Zane tienen una auténtica posibilidad de conseguir la fama y la gloria. Por otro lado, está el sexo ardiente. ¿Qué crees que van a escoger?

—No lo sé —responde—. No conozco a Scott y a Zane, ¿recuerdas? Ahora bien, te diré que cuando entraron en el restaurante, solo era “¿Te acuerdas de aquella vez en la que Nina comió pollo con anacardos en Londres? A ella le gusta eso. Vamos a pedir eso”. Y así durante veinte minutos.

Una sensación de calor recorre mi cuerpo. Se habían acordado de que adoro la comida china y realizaron un auténtico esfuerzo por elegir mis platos favoritos.

—Eso no demuestra nada —digo débilmente.

—Demuestra que se preocupan por ti —responde Maggie—. Pero eso ni siquiera es lo más importante —me mira con el ceño fruncido—. Lo más importante es que no te corresponde tomar esa decisión.

—Claro que sí. Estoy implicada.

—Has decidido que no dejarás La Coqueta Alegre para irte de gira con ellos —dice con intención—. Pero no les diste la oportunidad de decidir lo que quieren hacer ellos. Vas a decirles que quieres que se vayan porque crees que ellos no van a renunciar a sus giras. Y esa, Nina, no es tu decisión. Es suya.

—Quiero protegerlos.

Ella sacude la cabeza.

—Quieres protegerte a ti misma —responde—. Te da miedo poner en riesgo tu corazón. Te da miedo que te hagan daño.

«Tiene razón. Tengo miedo.»

No les conté a Scott y a Zane por qué el MOMA era importante para mí. No les conté por qué me marchaba antes de irme, y ahora estoy repitiendo ese patrón por tercera vez.

Tengo que contarles lo que es importante para mí. Ahora lo veo con absoluta claridad. Tengo que confiar en que encontraremos un modo de que las cosas funcionen.

Tengo que saltar sin red de seguridad y espero que estén conmigo para sujetarme.

A LAS CINCO de la tarde estoy de pie frente a su puerta, mi mano está levantada para llamar al timbre cuando esta se abre. Zane sale con un montón de cajas vacías de pizza en sus manos.

—Nina —dice, con una expresión de placer llenando su rostro cuando me ve—. Qué sorpresa más agradable.

Tengo el estómago revuelto por los nervios.

—¿Han dado una fiesta?

—Jeremy y Andy vinieron y los cuatro vimos el fútbol. Casi te encuentras con ellos. Se marcharon hace veinte minutos.

Me gustan los compañeros del grupo de Zane y Scott. A diferencia de Chris, ambos hombres habían hecho todo lo posible para hacerme sentir parte del grupo.

Hablando del mánager del grupo, estoy un poco sorprendida de que no haya sido parte de la reunión. Él siempre estaba pululando a su alrededor.

—¿Chris no estaba?

Niega con la cabeza, pero no se explica.

—Íbamos a llamarte —dice—. No has visto el especial de navidad de Doctor Who, ¿verdad? ¿Quieres verlo con nosotros esta noche?

Cuéntales por qué estás aquí, Nina. Sé sincera con ellos. Diles que no quieres dejar el bar y que no puedes irte de gira con ellos.

Pero mi resolución se ha debilitado. Jeremy y Andy estuvieron aquí hoy. Dudo que ambos hombres condujeran tres horas solo para ver fútbol. No, estuvieron aquí para hablar de cosas relacionadas con Evolving Whistle, y respecto a eso, no puedo interponerme.

¿Qué sabe Maggie de tomar riesgos? Su madre la quiere y su hermano la trata como si fuera una princesa. El padre de Maggie no escogió a su segunda familia en vez de a su hija, pero mi padre sí que lo hizo. Maggie no puede comprender por qué me niego a colocarme en una posición en la que alguien pueda rechazarme una vez más, pero yo sí.

—Claro —respondo—. Doctor Who suena genial.



## ZANE

Vemos el especial, pero mi atención no está puesta en el Doctor.

«Dile lo que han decidido. Dile lo que el grupo va a hacer.»

Puedo anticipar la siguiente pregunta de Nina. Ella podría preguntarme qué piensa Chris de todo esto. Y tiene razón de sentirse escéptica. Justo antes de que nos dejara, le dijimos que íbamos a tomarnos un respiro de todas las giras, y lo siguiente que oyó de boca de Chris fue que habíamos conseguido contratos para fechas adicionales.

Me siento tentado de permanecer en silencio hasta que hablemos con nuestro mánager, pero eso tampoco está bien. Andy señaló antes que podríamos haber ido tras Nina cuando se marchó, pero no lo hicimos. Si la hubiéramos seguido, habríamos descubierto que Chris Muller estaba jugando con nosotros, poniéndonos a todos en contra de todos, manipulándonos como marionetas en su búsqueda de fama y riqueza.

—Nina —digo cuando el especial de navidad acaba—. Scott y yo tenemos algo que contarte.

—¿De qué se trata? —pregunta con expresión reservada.

—Andy y Jeremy estuvieron aquí hoy para hablar del futuro de Evolving Whistle. Hemos decidido que necesitamos concentrarnos en otras cosas en este momento —no le cuento nada sobre el desánimo de Andy o sobre el alcoholismo de Jeremy; no son mis

secretos como para divulgarlos—. Como en ti —mi corazón golpetea en mi pecho mientras espero a que reaccione.

—¿Qué significa eso?

Scott responde antes de que pueda hacerlo yo.

—Vamos a retirarnos —responde—. Si te parece bien, he pensado que podría comprar tu edificio y abrir un espacio para conciertos al lado de tu bar. Zane está planeando en trabajar para la empresa de su padre. Y lo que es más importante —dice—, queremos una segunda oportunidad contigo.

Finalmente nos mira.

—¿Están seguros? —su voz suena vacilante—. Ustedes aman Evolving Whistle. Todo el mundo parece creer que van a conseguir un enorme contrato durante los próximos seis meses.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo dudo, Neen. Por mucho que quiera un contrato discográfico, no voy a esperar sentado. Tendría mejores opciones de ganar la lotería.

Honestamente, ni siquiera lo quiero ya. Si una discográfica llamara a nuestra puerta mañana, los rechazaría. La conversación de hoy con mi grupo me ha hecho ver el coste real de nuestro éxito. El sueño perdió su magia hace mucho tiempo.

—No están bromeando —dice maravillada—. Lo dicen en serio.

—Nunca he dicho nada más en serio en mi vida —le digo—. Ya te perdí una vez, Nina. No quiero volver a perderte.

—Yo tampoco quiero perderlos —dice ella. Entrelaza sus dedos con los míos y apoya la cabeza en el hombro de Scott—. Yo también quiero una segunda oportunidad con ustedes —sus labios forman una sonrisa burlona—. Y esta vez prometo que prestaré atención a la regla número dos.

Regla número dos: jugamos el juego con honestidad.

—Es una buena regla —digo con solemnidad—. Pero esto ya no es un juego, Nina. Nunca lo fue.

El reloj de pie del salón da las seis en ese momento y Scott sonrío.

—Bueno —dice despacio—, yo estoy de acuerdo con Zane. Nuestra relación no es un juego. Sin embargo, solo hemos usado tres noches de las cinco. ¿Tal vez podamos jugar un poco?

Ella se ríe.

—¿Qué tienes planeado?

Scott se pone de pie.

—Vamos, Nina —dice, alargando la mano hacia ella—.  
Descubrámoslo.



## NINA

**U**n par de días más tarde, mientras desayunamos, Scott pide cita con el agente inmobiliario del doctor Bollington.

—No sé cómo sentirme ante la idea de que te conviertas en mi casero —me burlo de él—. ¿Y si me retraso con el alquiler?

Scott se ríe.

—Nunca pensé en las cientos de posibilidades que esto me ofrece —dice con un brillo perverso en los ojos—. Creo que tendré que inclinarte sobre la barra y castigarte.

Un ramalazo de calor me inunda ante esa idea.

—¿Castigarme? —pregunto con fingida modestia como si no tuviera ni idea de a qué se refería Scott. Zane nos está observando a los dos con una sonrisa—. ¿A qué te refieres con lo de castigarme?

Scott se pone de pie.

—¿Qué te parece, Zane? La isleta de esta cocina parece de la altura adecuada como la barra de Nina, ¿verdad que sí? Tal vez podamos hacer una demostración.

Zane sonrío ampliamente.

—Qué buena idea —se gira hacia mí—. Ya sabes como va, Neen —dice, sus labios mientras se curvan—. Desnúdate.

Levanto la vista. Las cortinas están descorridas y cualquiera que pase puede vernos.

—New Summit es una ciudad de chismosos —aviso.

—Tienes razón —Zane se levanta y cierra las cortinas. Vuelve con el cordón de la cortina en las manos y un brillo divertido en los ojos—. Desnúdate —repite.

Me quito la ropa rápidamente. Deseo a Scott y a Zane, y me niego a fingir lo contrario.

—Buena chica —Scott me sonrío—. Creo que sé lo que Zane está planeando hacer con ese cordón —dice como si estuviéramos teniendo una conversación—. Inclínate sobre la encimera, Nina, y lleva tus manos a la espalda.

Obedezco una vez más. Mis pechos presionan contra el frío granito de la encimera, y el frío envía una descarga por mi sistema. Se me pone la carne de gallina.

—No te preocupes, Neen —dice Zane, acariciándome la espalda —, pronto te daremos calor.

Sujeta mis muñecas en el sitio y las ata con el cordón de la cortina. Cuando termina, compruebo las ataduras para ver con qué facilidad podría liberarme de ellas, y la respuesta es que no era tan fácil. Aún así no estoy preocupada lo más mínimo. Zane, Scott, y yo hicimos un montón de cosas fetichistas durante nuestro tiempo juntos, y ni una sola vez me hicieron sentir que no estaba a salvo. Puedo confiar en ellos sin reservas.

—Ahora que la tenemos donde la queremos —bromea Scott—, supongo que deberíamos discutir el asunto de su alquiler, señorita Templeton.

—Lo siento mucho, señor Leyland —digo, intentando sonar como una inquilina cuyo casero ha venido a pedir un alquiler que no tiene—. Tendré su dinero pronto, lo prometo.

Zane se alza imponente delante de mí y me clava una mirada severa.

—Eso es lo que dijo el mes pasado, y el mes anterior, cielo. ¿Y sabe dónde la vi ayer? En el centro comercial. ¿Compró algo allí?

«Los juegos de rol son lo mejor.» Reprimo mi sonrisa y sueno contrita.

—Solo un par de zapatos, señor.

Scott suelta una risita.

—Señor. Me gusta como suena eso.

Pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto que te gusta —digo con sarcasmo, olvidando mi papel por un segundo.

Nalgada. La palma de Scott conecta con mi culo con un golpe agudo. Me giro para mirarle y encuentro sus ojos brillando por mí.

—Teniendo en cuenta su situación actual, señorita Templeton —dice con severidad—, no creo que el sarcasmo le haga ningún bien.

El dolor ha desaparecido, dejando puro calor atrás.

—Ah, ¿sí? —le pregunto con insolencia—. Creo que el sarcasmo mejora todas las situaciones.

Zane se sitúa detrás de mí y le llega el turno de darme nalgadas. Al mismo tiempo, mete su pie entre mis tobillos.

—Abra las piernas —ordena—. Si no tiene dinero para el alquiler, señorita Templeton, quizás podamos llegar a otro acuerdo.

Estoy a punto de votar con entusiasmo a favor de los otros planes cuando suena mi teléfono. Está sobre la mesa de café.

—¿Puedo ver quién es? —les pregunto—. Por si acaso es del bar.

Zane se acerca al teléfono y mira la pantalla.

—Es tu padre —dice.

Es frustrante lo inoportuno que es. Mi padre y yo hemos estado jugando al tú la llevas con el teléfono durante las últimas veinticuatro horas. Quiero contarle que Scott va a comprar mi edificio. No voy a ocultarle la verdad a mi padre; prefiero que todo salga a la luz.

—Le llamaré al cabo de unos minutos —murmuro.

Scott sonrío con picardía.

—No deberías ignorar las llamadas de tu padre, Nina —dice. Coge el teléfono y lo lleva a la encimera. Dándole al botón de descolgar, pone la llamada en manos libres.

—Hola, Nina —dice mi padre, su voz suena fuerte en la silenciosa habitación—. Dejaste un mensaje diciendo que necesitabas hablar conmigo.

Voy a matarlos a los dos. A Zane por atarme las manos para no poder colgar esta llamada, y a Scott por contestar.

—Hola, papá.

Necesito hacer un esfuerzo consciente para mantener mi voz en calma porque Zane está recorriendo mi trasero con sus manos.

Luego mete la mano entre mis piernas y desliza un dedo dentro de mi vagina. Tengo que tragarme un jadeo sorprendido.

Con dificultad, devuelvo mi atención al teléfono.

—Quería hablar contigo —respiro hondo—. Scott va a comprar el edificio de Bollington —le cuento a mi padre—. Y Scott, Zane, y yo estamos saliendo de nuevo.

Hay un silencio absoluto al otro lado de la línea. «Maravilloso.»

—Sé que no te gustan Zane y Scott —digo de prisa. Parte de mí no quiere que ambos hombres escuchen esta conversación, pero claro, nada de lo que estoy diciendo es nuevo para ellos.

—No es que no me gusten Zane y Scott —interviene mi padre—. ¿Qué te ha dado esa idea?

—Eh... ¿todo lo que has dicho siempre?

Por el rabillo del ojo, veo a Scott abrir otro paquete, sus labios están curvados en una sonrisa traviesa, y sacudo la cabeza hacia él. «Te mataré,» digo sin voz, pero él sonrío y finge no entenderme. Más bien empuja algo que parece un huevo dentro de mi vagina y, cuando está instalado dentro de mí, comienza a vibrar.

Cojo aire con fuerza, olvidándome por un segundo que estoy intentando mantenerme en silencio. Cuando me acuerdo, intento convertirlo en una tos.

—¿Estás ocupada, Nina? Suenas distraída.

Zane y Scott se están esforzando por no reírse de mis cuitas.

—Acabo de ver una hormiga —suelto, diciendo lo primero que se me pasa por la mente—. Me estoy preguntando si habrá una colonia en alguna parte.

—¿Has visto una hormiga? —mi padre suena escéptico—. ¿En invierno?

Soy una malísima mentirosa.

—Lo sé. Es raro, ¿verdad?

—Mucho —dice. Estoy bastante segura de que no se cree ni una palabra de mi historia—. Volviendo a nuestra conversación anterior, Nina, me malinterpretaste.

—¿De qué modo?

El huevo está vibrando en mi vagina, y quiero rendirme a las vibraciones y permitirme flotar en una nube de deseo. Lo que mi padre está diciendo es importante, maldita sea. Miro con rabia a

Scott y Zane. «Mi venganza será terrible, amigos míos. Solo esperen a que me desate.»

—No me gustaba el estilo de vida nómada que tenían —aclara mi padre—. Y era difícil para mí lidiar con el hecho de que tu relación estaba tan lejos de lo común. Pero aparte de eso, no tengo nada en contra de Zane y Scott. Siempre me parecieron unos jóvenes educados y con buenos modales.

“Jóvenes educados y con buenos modales” es la versión de mi padre de un brillante cumplido. A continuación, les concederá el premio Nobel.

—Oh —las vibraciones del huevo aumentan y, una vez más, tengo que luchar contra las oleadas de placer para concentrarme en mi conversación—. Bueno, voy a seguir viéndolos, pero te alegrará saber que no van a salir tanto de gira.

—Es bueno saberlo —mi padre se aclara la garganta—. Solo quiero que seas feliz, Nina. Y si eso sucede con Scott and Zane, pues que así sea —su voz se vuelve brusca—. Joanne siempre ha querido conocerlos. Tal vez los tres podrían venir a comer un día de estos.

—Claro.

Nos despedimos y mi padre cuelga.

Una vez estoy segura de que la línea está muerta, lanzo una mirada asesina hacia ellos.

—Desátenme, imbéciles, para que pueda estrangularlos. ¿En serio? ¿Un vibrador en mi vagina mientras estoy hablando con mi padre?

Zane se ríe.

—Estabas triste la última vez que hablaste con él —señala—. ¿No crees que esto es una mejora?

—Además —añade Scott—, hemos oído a tu padre. Somos educados y tenemos buenos modales, Nina. No somos idiotas —desata mis muñecas y masajea la rigidez de mis hombros. Acercándome a él, susurra en mi oído—. ¿Quieres continuar con esta conversación arriba?

Puedo sentir su gruesa erección contra mi culo.

—Por fin, algo en lo que estamos de acuerdo —muevo mi trasero contra él y él inhala con fuerza—. ¿Cómo pago exactamente

los tres meses de alquiler que le debo?

—Suba las escaleras, señorita Templeton —contesta Zane—, y lo descubrirá.

Todo va genial. Estamos juntos y somos felices. No tengo que elegir entre Scott y Zane, y La Coqueta Alegre. Debería estar encantada.

Aún así, en la parte más profunda y oscura de mi corazón, aún queda un diminuto rastro de miedo. Esto parece realmente un gran sueño. Pero antes o después voy a despertar.



## ZANE

**P**arece una cabronada soltarle nuestra decisión a Chris por teléfono, así que le llamo y sugiero que nos reunamos.

—Quiero discutir el futuro de Evolving Whistle —le digo—. ¿Quieres quedar en Lafayette para tomar el aperitivo el jueves?

—Claro.

Normalmente, cada vez que he mencionado el futuro del grupo, Chris se lanza a soltar una larga parrafada sobre todas las cosas que quiere que hagamos. Esta vez no. Su rápida aceptación me toma por sorpresa.

—Genial —digo—. Scott y yo te veremos a las once.

Tendremos que salir de New Summit a las siete para llegar a la ciudad a tiempo, pero me siento bastante deseoso de sacrificar nuestro sueño por una oportunidad de decirle a nuestro mánager exactamente cómo van a ser las cosas en el futuro.

LLEGAMOS A MANHATTAN UN POCO TARDE. Para cuando entramos en Lafayette ya son las once y cuarto. No vemos a Chris por ninguna parte.

—¿Puedo ayudarlos? —pregunta la recepcionista.

Su tono es sensual y deja bastante claro que se alegra de ayudarnos con *cualquier cosa*, pero no estoy interesado.

—Hemos quedado aquí con un amigo —respondo, usando el significado más liberal de la palabra “amigo”—. Chris Muller. Dijo

que había hecho una reserva. ¿Ha llegado ya?

Su mirada recorre su libro.

—Lo siento —dice—. No tengo ninguna reserva a nombre del señor Muller. ¿Puede que esté con otro nombre?

Scott frunce el ceño.

—Inténtelo con Zane Marshall o Scott Leyland —le dice.

Ella comprueba la lista y vuelve a negar con la cabeza.

—Lo siento, señor. Tampoco tenemos ninguna reserva con esos nombres. ¿Les gustaría añadir sus nombres a la lista? La espera es normalmente unos cuarenta minutos para una mesa para dos.

—Vamos a ser tres —digo automáticamente. Mi teléfono suena y murmuro una disculpa a la recepcionista como respuesta. Es Andy, nuestro baterista.

—Zane —dice, y hay una nota de estrés en su voz que me inquieta—, ¿están tú y Scott en Lafayette con Chris?

—Scott y yo estamos aquí —respondo—. Pero no hay ni rastro de Chris. ¿Por qué?

—Puede que la haya jodido —admito—. Estaba charlando con Chris ayer y estaba diciendo que iba a comprarse un coche nuevo. Un caro deportivo, un Ferrari.

Tengo un presentimiento en la boca de mi estómago mientras Andy continúa.

—Tenía que detenerle, Zane. El grupo gana mucho dinero ahora mismo, pero Chris no puede permitirse ese coche si nos separamos. Así que le conté nuestra decisión.

Permanezco en calma. Así que Chris sabía de qué iba la reunión de hoy.

—Sí, es desafortunado, pero viviremos. No pasa nada.

Andy suena triste.

—No estoy tan seguro de eso —dice—. Chris no puede llegar a nosotros cuatro, pero aún tiene otro objetivo.

Nina.

Chris ya cree que Nina es la razón por la que no queremos ir a su gira por Asia. La última vez que habló con Nina le mintió, le dijo que habíamos extendido las fechas de nuestra gira, y ella nos abandonó. Como consecuencia, Scott y yo habíamos estado tan

destrozados que terminamos haciendo lo que Chris quería, demasiado deprimidos como para enfrentarnos a él.

Chris no quiere que dejemos de hacer giras. Definitivamente no quiere que nos separemos. Ir a por Nina funcionó una vez.

—Por eso no está aquí —digo en voz alta cuando las piezas caen en su sitio. «Por supuesto.» Mientras estamos en Manhattan, Chris es libre de verter sus palabras venenosas en el oído de Nina para hacerle creer que Evolving Whistle es más importante que ella.

Tenemos que volver de inmediato. «Antes de que sea demasiado tarde.»



## NINA

**S**cott y Zane pasaron el miércoles por la noche en mi casa, pero se marcharon temprano el jueves.

—Tenemos que ir a Manhattan —dice Scott—, pero deberíamos estar de vuelta por la noche.

Espero a que se ofrezca a darme más información, pero no lo hace y no pregunto. «Mira, Nina,» me sermoneo a mí misma, «te dijeron que querían una segunda oportunidad y Scott te dijo que va a hacer una oferta por tu edificio. Las cosas van bien. No quieres ser el tipo de novia que necesita saber donde están sus hombres todo el tiempo, ¿verdad? Porque eso es una locura.»

—Diviértanse —les digo alegremente—. Esta noche estaré trabajando si deciden tomarse una copa cuando vuelvan.

Como ya estoy despierta, me dirijo a La Coqueta Alegre. Siempre hay algo que hacer cuando regentas un bar. Un barril de una nueva cervecería estaba malo; recibimos quejas de tres clientes diferentes sobre la apestosa cerveza antes de ponerlo en el grifo. He estado intentando llamarles para quejarme por su control de calidad, pero nunca cogen el teléfono. Estoy decidida a dar con ellos hoy.

Y luego están las cosas rutinarias. Reagan necesita tomarse unos días libres la semana que viene para comprar un coche usado. Patrick le echó un vistazo al suyo y lo declaró inseguro para la conducción, y yo confío en el padre de James sin condiciones.

Tengo que ajustar las horas de trabajo, pedir comida y bebida, pagar facturas... la lista es interminable.

El bar está vacío cuando entro. Me dirijo directamente a mi despacho y me concentro en el trabajo, sin levantar la vista hasta que oigo una serie de fuertes golpes en la puerta poco después de las diez.

«Lucas debió haber olvidado su llave,» pienso. «No es propio de él.» Me levanto para dejarle entrar, pero cuando abro la puerta, no es Lucas quien está ahí.

Es la última persona a la que esperaba volver a ver.

Chris Muller, el mánager de Evolving Whistle, está frente a mí con expresión grave en el rostro.

—Nina —dice—, necesitamos hablar.

Sin palabras, me aparto y él entra. Su mirada recorre el interior de La Coqueta Alegre.

—Bonito bar —dice con desprecio.

Lo último que quiero en el mundo es tener una conversación banal con este hombre, así que voy al grano.

—¿Por qué estás aquí, Chris?

—Porque Zane y Scott están cometiendo un terrible error —responde—. Están planeando mudarse a este estúpido pueblo muerto. Van a abandonar el grupo —me mira con rabia—. Por tu culpa.

Mi primera reacción instintiva es sentirme culpable, pero enderezo mi espalda.

—Son adultos —digo fríamente—, son capaces de decidir lo que los hace feliz.

—No seas ridícula, Nina —suelta—. Siempre han estado ciegos en lo que a ti respecta. Lanzas una sonrisa incitante, te abres de piernas, y bum —hace chasquear los dedos—. El único cerebro con el que están pensando ahora mismo es con el que tienen entre las piernas.

Me abrazo a mí misma.

—No me importa la opinión que tengas sobre nuestra relación, Chris —hace muchísimo frío en el bar. Debería subir la calefacción antes de abrir—. No comprendo por qué estás aquí. Si tienes algún problema con Scott y Zane, deberías intentar hablar con ellos.

—¿Sabes dónde están ahora, Nina? —Chris interpreta correctamente mi mirada vacía, y la sonrisa burlona en su rostro se vuelve más grande—. No, por supuesto que no. Están en Manhattan, almorzando con un ejecutivo de adquisiciones de Sony. Les han ofrecido un contrato para grabar tres álbumes. Tendrán una semana para tomar la decisión, pero ¿sabes lo que me dijo Zane? Que no importa lo que Andy quiere, ni lo que Jeremy quiera. Lo va a rechazar. Por tu culpa.

No. No pueden hacer eso. La voz de Zane resuena en mi cabeza. “Por mucho que quiera un contrato discográfico, no voy a esperar sentado. Tendría más oportunidades de ganar la lotería”.

No puedo permitir que dejen escapar esto. Y menos por mí. No puedo vivir con eso sobre mi conciencia. Un día van a mirarme y van a darse cuenta de que nunca merecí la pena, y no puedo enfrentarme a esa expresión en sus ojos. No puedo enfrentarme a su arrepentimiento.

La puerta principal se abre y entra Lucas. Cuando nota mi expresión, sus ojos pasan a estar preocupados.

—Nina, ¿va todo bien?

—Piensa en lo que acabo de decir, Nina —Chris se pone de pie—. Rompe con ellos. Sabes que es lo correcto.

Chris Muller es una persona despreciable que nunca ha hecho nada a menos que le beneficie de algún modo. La razón por la que está aquí es por su parte en el contrato de tres discos, no porque le importen Zane y Scott.

No importa, porque tiene razón.

Solo queda una cosa por hacer, y es terminar con Scott y Zane. Esta noche.



## SCOTT

**C**omo le ponga las manos encima a Chris Muller, que Dios me ayude. Rodearé su garganta con mis dedos y apretaré hasta que deje de respirar.

—Esto es culpa mía —dice Zane en tono sombrío mientras íbamos a toda velocidad hacia New Summit—. Yo quería contárselo a Chris en persona, no por teléfono. Yo sugerí el aperitivo en Lafayette. Le he dado ventaja.

—¿Estamos jugando al juego de la culpa? —pregunto, adelantando a un lento Buick que está acaparando el carril izquierdo—. Yo soy quien no le dijo a Nina a donde íbamos. Yo soy quien quiso que nuestra reunión con Chris fuera una sorpresa —Nina parece feliz, pero en el fondo presiento que aún está un poco inquieta. Yo creía que era porque no habíamos hablado con nuestro mánager. Mis labios forman una amarga sonrisa—. Vaya puta sorpresa está resultando ser.

—No, eso son tonterías.

Zane vuelve a marcar el número de Nina con frustración grabada en su rostro. Hemos intentado llamarla desde que salimos corriendo de Lafayette, pero no contesta al teléfono. Un frío escalofrío recorre mi espalda. Cuando es ciertamente importante, Nina no lucha. Se retira.

Ahora se está retirando. Puedo sentirlo.

—Esto no es culpa nuestra. Esta vez no —continúa diciendo Zane—. No, esto es culpa de Chris. Vamos a buscar a Nina, vamos

a explicarle lo que pasó, y luego vamos a despedir al bastardo por esta treta. Vamos a arreglar este desastre.

«Eso espero, amigo.» De verdad espero que tengas razón.

SON las tres de la tarde para cuando llegamos a New Summit. Nos dirigimos directamente a La Coqueta Alegre, donde Nina estaba planeando pasar la mayor parte del día, pero no se la ve por ninguna parte. El bar está casi vacío. Solo una mesa está ocupada por dos mujeres, quienes conversan con la cabeza agachada. Lucas está tras la barra, su cabeza está inclinada sobre su teléfono.

Levanta la vista cuando entramos y su expresión se vuelve hostil.

—Ustedes dos —dice con asco—. ¿Qué quieren?

—¿Dónde está Nina? —suelto. No estoy de humor para las mierdas de este tipejo.

—Que te jodan, colega —replica—. Tal y como yo lo veo, desde que ustedes entraron en la vida de Nina, no han hecho más que conseguir que se sienta miserable. Ustedes y sus amigos.

—Espera —dice Zane bruscamente—. ¿Qué amigos?

El camarero parece mantener una lucha interna consigo mismo, pero luego cede.

—Un tipo rubio —dice—. Pelo engominado hacia atrás. Vestido con traje y corbata.

Ese es nuestro mánager.

—¿Habló con Nina? —mi voz suena urgente—. ¿Oíste lo que le dijo? Hemos pasado por su casa y su coche no está allí. No responde al teléfono. ¿Dónde está?

—Si no quiere hablar con ustedes, no voy a decirles donde está —Lucas se cruza de brazos con expresión terca—. Ya les he dicho suficiente.

—Por el amor de Dios —explota Zane—. No somos los malos en esta situación. Amamos a Nina. Esto es todo un estúpido malentendido provocado por nuestro mánager, y tan pronto como encontremos a Nina y le contemos la verdad, vamos a despedir a ese puto mentiroso.

Las mujeres de la mesa levantan la cabeza al oír el estallido de Zane. Reconozco a una de ellas. Es Maggie, la amiga de Nina, la que trabaja en el único restaurante chino de esta ciudad. Nos mira con expresión severa.

—¿Aman a Nina?

—Sí —respondo sin vacilación.

Su expresión permanece escéptica.

—¿Entonces por qué no le contaron lo de su contrato discográfico? —pregunta con intención—. No deberían habérselo ocultado.

—¿Qué contrato discográfico? —pregunta Zane sin tener ni idea.

—El que fueron a rechazar a Manhattan —responde ella.

Frunzo el ceño.

—Hoy fuimos a Manhattan —digo despacio—, para decirle a nuestro mánager que vamos a disolver el grupo. Habíamos quedado con él para almorzar, pero nunca apareció.

Los ojos de Maggie se abren mucho.

—Estuvo aquí —dice ella—. Le dijo a Nina que era culpa suya que fueran a rechazar un contrato de tres discos.

—Mintió —digo simplemente—. Es algo que le caracteriza.

Ambas mujeres intercambian una mirada.

—Está bien —dice Maggie por fin—. No hagan que me arrepienta de esto. Nina va de camino a la cabaña de su familia. Está a una hora de distancia —me da la dirección—. Se marchó hace solo media hora —añade—. Probablemente vaya por las carreteras secundarias, así que bien podrían alcanzarla antes de que llegue allí.

—Gracias —digo, mi voz rebosaba de gratitud—. Te prometo que no te arrepentirás.



## NINA

**D**urante veinte minutos conduzco en piloto automático, parpadeando para contener las lágrimas y poder ver la carretera. Scott y Zane me han llamado al teléfono repetidas veces, pero no puedo hablar con ellos, todavía no.

¿Cómo puedo permitirles que rechacen un contrato de tres discos? No puedo hacer eso. Puede que estén contentos con su decisión hoy, pero más adelante van a ver que otro grupo lo consigue a lo grande y van a pensar que esos podrían haber sido ellos.

Si Zane y Scott me miran con resentimiento en la mirada, no creo que pudiera soportarlo. No soy lo bastante fuerte.

Deben haber sabido que yo reaccionaría así. Es por eso que no me dijeron lo del contrato; deben haber sabido que yo querría que lo aceptaran. Eso solo me pone más rabiosa. Si me lo hubieran contado, tal vez podríamos haber averiguado qué hacer juntos. En vez de eso, tomaron la decisión por mí y estoy furiosa por su prepotencia.

«Eh, ¿Nina?» Mi conciencia me molesta de un modo incómodo. «¿No es este un caso de “ver la paja en el ojo ajeno”? ¿No ibas a hacerles lo mismo a Zane y Scott antes de que Maggie te metiera con sus gritos algo de sentido en la cabeza?»

«La situación no es la misma,» intento razonar, pero sé que solo estoy poniendo excusas. Yo pensaba que Scott y Zane deberían concentrarse en el grupo, así que yo iba a ganar el juego y a

pedirles que abandonaran New Summit sin darle a nuestra relación una oportunidad.

Scott y Zane están haciendo lo mismo. Ellos creen que deberían concentrarse en mí, así que van a rechazar un contrato discográfico en vez de darle al grupo una oportunidad.

Pero no quiero una relación así.

Les prometiste que no te olvidarías de la regla número dos, Nina.

Hace veinte meses hui de ellos. No quiero volver a huir; quiero luchar. Si fracaso tras intentarlo, que así sea, pero quiero mirar atrás y poder decir que hice todo lo que pude.

Y entonces hago algo que no he hecho nunca. Piso los frenos y el coche se detiene. Giro el volante, doy un giro de ciento ochenta grados en la desierta carretera comarcal, y vuelvo a New Summit.

Esta vez voy a enfrentarme a mis miedos.

Estoy a diez minutos de mi casa cuando veo el coche de Scott yendo a toda velocidad hacia mí. Va unos cincuenta kilómetros por encima del límite de velocidad, yendo en dirección opuesta. Me apoyo en mi claxon para llamar su atención, y el coche frena con un chirrido antes de dar marcha atrás.

Es bueno que no haya nadie a la vista. Si Joe Laramie estuviera aquí, Scott se ganaría una buena multa por exceso de velocidad.

Scott aparca en el arcén y los dos se bajan del coche. Nos miramos fijamente a través de la carretera.

—¿Nina? —pregunta Scott titubeante.

—Chris mintió —suelta Zane.

—¿Qué?

—No hay contrato discográfico —dice Zane—. Solo era Chris intentando sembrar la discordia entre nosotros.

Sé que a Chris le gusta tomarse la verdad a la ligera, pero seguro que no podía pensar que una mentira de tal magnitud permanecería sin desvelarse. Pero claro, él habría contado con que yo saliera huyendo.

—Pero tiene razón —me quedo donde estoy, apoyada contra mi coche, en mi lado de la carretera—. No puedo pedirles que renuncien a su grupo por mí. No puedo ser tan egoísta.

—¿Chris dijo eso? ¿Dijo que tú eres la razón por la que vamos a disolver el grupo? —Zane sacude la cabeza, con una pequeña

sonrisa jugueteando en sus labios—. Nina, te queremos, pero si crees que vamos a sacrificar nuestro grupo y nuestras carreras por ti, estás completamente equivocada.

Le miro con la boca abierta. No estoy segura de en qué parte de esa extraordinaria frase debo concentrarme. ¿En que Zane me está diciendo que me quiere, o en la parte en la que no van a sacrificarse por mí?

Zane continúa hablando.

—Nina, ¿sabes por qué estamos en New Summit?

—Para vender la urbanización de tu padre.

—¿Pero sabes por qué estoy aquí en vez de mi padre? Porque tras soportar toda una vida de estar casada con un adicto al trabajo compulsivo, mi madre tuvo suficiente. Abandonó a mi padre.

No puedo decir que me sorprenda la noticia. No creo que David Marshall se haya tomado unas vacaciones en su vida, y Barbara Marshall es la mujer más paciente del mundo.

—Y mi padre —continúa Zane—, finalmente entró en razón y se dio cuenta de lo que era importante —me lanza una mirada firme—. No quiero que pasen treinta años para descubrir lo que me importa de verdad, Nina. Cuando llamaste a la puerta, nos gritaste, y nos dijiste que nos largáramos de la ciudad, supe lo que había perdido.

Da un paso hacia la carretera vacía.

—No voy a retirarme del grupo por ti, Nina —dice firmemente—. Lo estoy haciendo por mí. Tú me haces feliz y quiero retenerte. Llámame egoísta, pero quiero amarte el resto de mi vida.

Sin darme cuenta de lo que hago, doy un paso adelante.

—Durante meses después de que te marcharas, Nina —dice Scott—, perdí la habilidad de componer música. Teníamos que producir un disco y no tenía ni canciones ni letras. Estaba vacío —respira hondo—. Cuando los tres estamos juntos, Nina, me siento completo —él también da un paso hacia la carretera—. No me importa no volver a escribir una canción nunca jamás, Nina. Evolving Whistle es solo un grupo. Pero perderte, Nina, me destrozará.

Da otro paso hacia delante. Ambos están donde cualquier coche podría atropellarles, y quiero gritarles para decirles que dejen de ser idiotas, pero mi lengua está paralizada. Mis pies, sin embargo,

saben qué hacer. Imitan a Scott y a Zane, y yo también entro en la carretera, reuniéndome con ellos en el centro.

—Todos éramos infelices —dice Scott suavemente—. Pero Chris nos mantenía tan ocupados que no teníamos tiempo de darnos cuenta de ello. No importa lo que suceda entre nosotros tres, porque no voy a volver a esa vida de nuevo. Ese no es el final feliz que quiero.

Respiro hondo y me tiro de cabeza y sin red a la vista. Ellos me agarrarán.

—El final feliz que quiero —susurro—, los incluye a ustedes dos —me trago el nudo en mi garganta—. Vivimos en New Summit y regento La Coqueta Alegre, y cada noche vuelvo a casa con ustedes dos. Porque los quiero.

—Me gusta ese final feliz —dice Zane—. Una modificación. Las noches en las que trabajas hasta tarde, cuando salgas del bar, estaremos allí, porque me preocupa que conduzcas a casa tan tarde de madrugada.

Parpadeo rápidamente. Estúpidas lágrimas.

—Una vez compre tu edificio —añade Scott—, iré a La Coqueta Alegre a comer de vez en cuando, encantado porque habré acabado de contratar a una banda increíble. Y llamaremos a Zane, y los tres abriremos una buena botella de cerveza para celebrarlo.

La sensación de ligereza en mi pecho se expande, y mi corazón siente que podría explotar.

—Esa es una buena historia.

Scott y Zane me rodean con sus brazos y los abrazo con fuerza.

—No es una historia, Nina —dice Zane—. Es nuestro futuro si alargamos la mano y lo agarramos.

Copos de nieve caen desde el cielo. Está helando. Estamos de pie en mitad de la carretera, la visibilidad es absolutamente terrible, y en cualquier momento un coche podría atropellarnos a los tres.

Pero entre sus brazos nunca me he sentido más arropada o segura en mi vida.

—Esta noche —susurro—, es la noche final del juego.

—No, Nina —me corrige Scott—. Es la primera noche del resto de nuestras vidas.

Les sonrío a los dos.

—Me gusta como piensas —le digo a Scott—. Vamos a casa a hacer que sea memorable.

## EPÍLOGO

NINA

### Tres meses más tarde...

**E**s primavera en New Summit, y todo es bastante perfecto.

—Bueno, bueno —dice Zane en tono de chanza—, mira quien está de buen humor hoy.

—El sol ha salido por fin —replico. Está bien. Admito que puede que haya estado un poco cascarrabias cuando hace frío y está oscuro todo el tiempo—. Ha sido un largo y miserable invierno, y hace calor fuera. Estoy tan feliz que ni siquiera me importa tener que ir a trabajar.

Scott está sentado en la mesa de la cocina, leyendo algo en su teléfono mientras bebe su segunda taza de café.

—No te agotes, nena —dice, levantando la mirada con una sonrisa—. Tenemos un día largo por delante.

Normalmente estaría hablando de sexo, pero hoy, aparte de ser un día cálido y soleado, es la inauguración de la sala de conciertos de Scott.

La semana pasada, la cuadrilla de Matthew Slater vino a La Coqueta Alegre y dieron los últimos toques a la reforma del espacio de al lado: derribaron la pared que dividía La Coqueta Alegre del espacio de conciertos de Scott.

—No voy a competir contigo —había dicho Scott justo al comienzo—. No estoy interesado en dirigir un bar y una cocina y todas las cosas que haces. Así que, si te apuntas, conseguiré

contratar a grupos y los fans pueden ir a La Coqueta Alegre a por comida y bebida.

¿Que si me apunto a tener más clientes? Pues claro que sí, muchas gracias.

—Tienes entradas para todos nosotros, ¿verdad? —le pregunto a Scott. El lugar va a estar abarrotado esta noche y les prometí a mis amigas asientos especiales—. Necesito diez entradas.

—¿Diez? —Zane enarca las cejas.

—Sí —cuento con los dedos—. Mia, Ben, y Landon —digo—. Cassie. James, Lucas, y Sophia tienen que trabajar, así que no necesitamos entradas para ellos. Con Maggie son cinco. Luego están Dominic, Becky, Patrick, el padre de James, y Ángela, la madre de Maggie. Y también le prometí a Matthew que le guardaría un asiento.

—Eso es toda la ciudad —dice Scott lastimeramente, luego me sonrío—. Me apunto, Neen.

Le devuelvo la sonrisa.

—Eres el mejor.

Scott lleva una camiseta gris y calzoncillos, y está reclinado hacia atrás, sus piernas están estiradas delante de él, con aspecto delicioso. Zane, junto a él, no lleva camiseta, maldita sea. Todos esos deliciosos abdominales a la vista y no puedo resistirme.

—Me siento muy agradecida —ronroneo.

Ambos levantan la mirada ante mi tono y Scott deja el teléfono a un lado.

—¿Cómo de agradecida? —pregunta.

Me dejo caer al suelo y gateo hacia ellos. Me observan, sus ojos están brillando de calor, y me instalo sobre mis talones entre ellos.

—Dejen que se lo demuestre —susurro, mi voz ronca de deseo—. Dejen que les chupe las pollas.

Mirándome a los ojos, Zane se saca la polla despacio. Ya la tiene dura, gruesa y larga, y cuando veo lo preparado que está para mí me estremezco de calor, y un poderoso dolor llena mi centro.

—Ven aquí, Nina —ordena—. Rodea mi pene con esos bonitos labios.

Es una orden que estoy feliz de obedecer.

Rodeo con mi puño la verga de Zane y recorro su cabeza con mi lengua, torturándole antes de abrir mi boca y tomar toda su longitud por mi garganta. Él gruñe, lanzando la cabeza hacia atrás, y separando los muslos.

—Así, Nina —dice con voz ronca, agarrándome del cabello—. Joder, sí.

Su rostro está recorrido por profundas líneas de placer y no quiero parar, pero tampoco quiero desatender a Scott. Por el rabillo del ojo veo que Scott se saca la polla de sus calzoncillos y comienza a masturbarse.

Bueno, eso no parece justo. ¿Por qué tendría que divertirse solo Zane?

Sin retirar mi boca de la polla de Zane, busco con la mano la dura longitud de Scott y cierro mi palma alrededor de su creciente erección. Acaricio su verga suavemente, frotando mi pulgar sobre su punta, esparciendo su pre-semen alrededor de su cabeza, y me veo recompensada con un profundo gruñido.

Me pierdo en el placer, alternando entre los dos, lamiendo sus gruesas pollas y posicionándome de modo que pueda tomar más de sus longitudes por la garganta. Sus respiraciones se aceleran mientras hago mi magia y mi cuerpo se calienta en reacción a su obvio deseo.

—Basta —gruñe Zane al fin—. Voy a correrme si sigues así, Nina.

Vuelvo a sentarme sobre mis talones, una perversa sonrisa curvándose en mis labios.

—Ese es el objetivo.

—Todavía no, cariño —dice Scott. Solo me llama eso en la cama, y una oleada de lujuria me inunda cuando oigo la ronca seda de su voz—. Primero quiero hacerte gritar de placer.

Zane me levanta y me deja sobre la mesa. Retira las tazas de café y luego tira de mí hasta el borde, quitándome los pantalones cortos. Mis bragas están empapadas con las señales de mi excitación, y se ríe cuando ve lo húmeda que estoy.

—Alguien está cachonda —bromea.

—Todas las veces —conuerdo con fervor. Me libero de las bragas y abro mis piernas en clara invitación.

—Joder —la voz de Zane suena irregular, sus ojos están ardientes de lujuria—. Estás empapada, nena. ¿Quieres mi polla dentro de ti? ¿Profundo y duro? ¿Justo como te gusta?

Recorre mis pliegues con un dedo.

—No me tortures, Zane —gimoteo—. ¿Por favor?

No quiero preliminares; chuparles las pollas ya había sido bastante excitante. Me siento impaciente por recibir lo bueno. Por que su dura polla arremeta dentro de mí, que me embista hasta que grite de placer y suplique más.

—¿Por favor? —vuelvo a suplicar.

—Creo que puedo encontrar algo mejor que puede hacer tu boca.

Scott se alinea con mis labios. Ajusto mi posición sobre la mesa, y abro la boca con gusto, tomando su longitud por mi garganta.

Las manos de Scott acunan mi cuello mientras chupo. Mientras tanto, los dedos de Zane sujetan mis muslos y empuja dentro de mí con una poderosa embestida, llenándome por completo.

Tenemos un día ajetreado por delante. Los polvos rapiditos son raros en mi mundo, pero hoy es una excepción. Zane arremete contra mí, su pulgar está frotando mi clítoris con un ritmo muy familiar que siempre me lleva al límite. Hoy no es una excepción.

Gimoteo y jadeo sobre la polla de Scott. Mis caderas se elevan para unirse a los urgentes empujones de Zane. Sus talentosos dedos juegan conmigo y me retuerzo contra él, con la sangre palpitando en mi cabeza.

Todos estamos cerca del orgasmo. Scott me agarra del pelo y se corre bien hondo en mi garganta, y yo me trago hasta la última gota. Los empujones de Zane se vuelven más rápidos y más salvajes, y entonces convulsiona contra mí cuando explota de alivio. En el instante en el que le siento correrse, me rindo a mi propio orgasmo, permitiendo que las oleadas de éxtasis me inunden.

Exhausta, floja, y completamente saciada, sonrío.

—Así de agradecida me siento.

SCOTT TIENE tres increíbles grupos independientes reservados para actuar esta noche. Como sorpresa especial, Andy y Jeremy van a

venir esta tarde y el ahora difunto grupo Evolving Whistle tocará unas cuantas canciones.

—Solo como una tarde de práctica —dice Zane—. Si sonamos mal, pues que así sea.

Aunque Evolving Whistle ya no existe, Scott toca su guitarra cada día. Zane canta en la ducha. Por lo que he oído, Andy y Jeremy hacen lo mismo.

Con Chris fuera, finalmente han podido volver a encontrar alegría en la música otra vez.

Oh sí, Chris Muller, el mánager del demonio, está fuera de juego. Después de su artimaña con lo del sello discográfico, el grupo le despidió colectivamente antes de disolverse formalmente. El mundillo de los grupos independientes está bastante unido, y se ha corrido el rumor de que Chris fue el motivo por el que Evolving Whistle decidió separarse. Nadie quiere tocarle ni con un palo de diez metros.

No le tengo lástima. Chris recibió exactamente lo que se merecía.

En otro orden de cosas, mi relación con mi familia ha mejorado a pasos agigantados. Tal vez sea porque estoy protegida por el amor de Scott y Zane, pero finalmente he podido superar los eventos que rodearon la muerte de mi madre. Me llevo bien ahora con mi padre y mi madrastra Joanne, y hace dos semanas fui a ver a los gemelos jugar al baloncesto por primera vez. Mi padre tiene razón: son bastante buenos.

Mi padre ha aceptado a regañadientes que su hija está saliendo con dos hombres.

—¿Por qué no te buscas a un agradable contador o algo así? —gruñe de vez en cuando. Venga ya. ¿Un contador? Mi padre vive en el mundo de la fantasía si cree que voy a cambiar a Scott y a Zane por otra persona.

Los padres de Zane han vuelto a estar juntos. A pesar de todos los pecados de David, este adora a Bárbara. Se llevó un susto de muerte cuando ella se marchó, y desde entonces la ha antepuesto a todo. Ahora se toman vacaciones regularmente. Están en Venecia en estos momentos.

—Lo siento, pero no podremos volver a tiempo para tu inauguración, Scott —se había disculpado Bárbara cuando hablamos con ellos este fin de semana—. Pero he querido ir a Italia toda mi vida.

Por supuesto que conocen la naturaleza poco convencional de nuestra relación; siempre lo han sabido y nunca les ha molestado.

—Mi hijo es el vocalista de una banda de rock —me había dicho Bárbara una vez secamente cuando comenté el tema—. Siempre y cuando no esté metiéndose rayas de coca cada noche, me siento contenta.

La madre de Scott sigue en Irlanda y su relación continúa siendo educada pero distante.

—No todo puede arreglarse —dice Scott encogiéndose de hombros—. No te preocupes, Nina. No me molesta. Está en el pasado y yo estoy mucho más interesado en el presente.

Es el primer Sábado Peatonal de la temporada. La zona principal del centro está cerrada al tráfico, y todos los negocios dentro de la zona peatonal tienen rebajas en la acera. Un pequeño mercado de agricultores está haciendo bastante negocio en el aparcamiento de la esquina de Main y Water.

Toda la ciudad parece estar fuera de sus casas junto con una horda de turistas. Mia tiene percheros con vestidos primaverales expuestos fuera de su tienda. Cassie está repartiendo muestras gratuitas de un delicioso moca helado y liquidando todas sus magdalenas. Calle abajo, Maggie está vendiendo sin parar rollitos de primavera. Y, por supuesto, como el único bar decente en la zona del centro, La Coqueta Alegre está lleno todo el día.

Para cuando dan las siete en punto, estoy esforzándome por mantener los ojos abiertos.

—¿Por qué no vas a casa y te echas una siesta? —sugiere Maggie.

—No puedo —gruño—. El grupo está ensayando allí.

Mia se ríe.

—Vete a cualquiera de nuestras casas —dice—. ¿Quieres las llaves de mi casa?

Considero su oferta. Es tentadora, pero no debería hacerlo. La casa de Mia está a solo diez minutos de distancia caminando, pero también es una de las noches más ajetreadas en la historia de La Coqueta Alegre. Cada mesa está ocupada y, en la barra, la gente está más apretada que en una lata de sardinas.

—Debería estar aquí —insisto.

James, quien pasa por allí en ese momento, oye mi comentario y pone los ojos en blanco.

—Nina —dice—, lo tenemos todo bajo control. Si estás agotada, descansa un poco.

—Te diré algo —dice Maggie—. Mi casa está a solo un minuto de aquí. Está lo suficientemente cerca por si necesitas volver corriendo.

—Está bien —la señora Zhang ha comprado una de las casas en la nueva urbanización, y Maggie vive sola ahora en su apartamento arriba del China Garden. Estaré tan cerca que puedo volver de un tropezón—. Gracias, Mags.

DOS MINUTOS MÁS TARDE, estoy en el apartamento de mi amiga. Estoy a punto de echarme esa siesta cuando dos palabras en la ventana del buscador del ordenador portátil de Maggie llaman mi atención.

Juro que no es culpa mía. Las palabras ocupan la mitad de la pantalla y es imposible no verlas. *Palabras Ardientes*.

Espera un momento. ¿No es esa la página web donde aspirantes a ser escritores pueden publicar sus historias guarras? Una sonrisa se extiende por mi rostro. Oh, totalmente voy a darle la lata a Maggie por esto.

Comprendo despacio que la página que estoy mirando (no leyéndola todavía, ¡en serio!) es el portal de autor y mi alegría se intensifica. Maggie no está leyendo relatos guarros. Los está escribiendo. Su última entrada parece titularse “Ethan y Lars se tiran a las animadoras”.

Vaya. Paren las rotativas. Ethan y Lars... ¿Se trata de Ethan Burke y Lars Johansen, el dúo que acaba de comprar el edificio frente al China Garden?

Una amplia sonrisa cubre mi rostro. Maggie está escribiendo relatos obscenos sobre sus nuevos vecinos. Voy a pasármelo en grande en nuestra comida con las chicas del próximo martes.

EL ESPECTÁCULO COMIENZA a las nueve y media. A las nueve menos cuarto, una fila de gente serpentea alrededor de la manzana mientras los ansiosos portadores de una entrada esperan a que se abran las puertas.

—Es bueno que Bollington ya no sea el dueño de este edificio —dice Cassie, examinando la multitud—. ¿Te imaginas su reacción?

Maggie sonrío taimadamente.

—Estoy segura de que a Nina se le da mucho mejor manejar a su actual casero —bromea—. ¿Qué pasa si te retrasas con el alquiler, Neen?

Me ruborizo, pensando en todos los juegos de rol entre inquilina traviesa y casero en los que Scott, Zane, y yo nos hemos recreado, y la mesa rompe a reír.

—Oh, ya sabes cómo es, Maggie —respondo ligeramente—. Nos intercambiamos algunas “palabras ardientes”.

Maggie se pone de color escarlata, y Mia, Cassie y Becky nos miran con curiosidad a las dos.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta Becky.

Maggie se encoge.

—Se me olvidó apagar el ordenador, ¿verdad? —pregunta con recelo.

—Estaba en la pantalla —levanto las manos—. Prometo que no curioseé. Demasiado.

Ella se ríe.

—No te culpo. Yo tampoco podría haberme resistido —se gira hacia las demás—. Cuando estoy aburrída, escribo historias guarras para pasar el tiempo.

—Sobre Ethan y Lars —añado amablemente. Vamos. No puedes esperar que me guarde eso para mí.

Cassie levanta las cejas.

—¿Tus vecinos Ethan y Lars? ¿Los dos tipos a los que llamas cabrones arrogantes?

—¿Los llamó así? —Mia se inclina hacia delante, sus ojos oscuros brillan con una mezcla de diversión y curiosidad—. ¿Cuándo?

Maggie tiene la cara roja como una remolacha.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —suplica.

Por suerte para Maggie, Andy y Jeremy entran en La Coqueta Alegre en ese momento. Me levanto de un salto y los saludo con un abrazo, así que dejamos de lado el tema de Ethan y Lars por ahora.

EL ESPECTÁCULO ES FANTÁSTICO. Evolving Whistle tocan la última ronda de canciones y casi hacen que la casa se venga abajo. Una vez se apagan las últimas notas, los empleados de La Coqueta Alegre se ponen en modo limpieza.

—Vete a casa —me dice Lucas—. Lo tenemos controlado.

Normalmente protestaría, pero hoy quiero celebrarlo con Scott y Zane.

—Gracias —digo agradecida. Me quito el delantal y lo cuelgo tras la barra, luego salgo.

Zane y Scott están allí, apoyados contra el coche de Zane.

—¿Llevan esperando mucho rato? —pregunto con tono de disculpa—. Tuve que ayudar a los chicos a limpiar.

—No mucho —dice Zane—. ¿Te acuerdas de ese día, hace tres meses, cuando los tres estábamos en mitad de la carretera y decidimos apoderarnos de nuestro futuro?

Cada palabra que dijimos ese día está grabada en mi cerebro.

—Sí —susurro.

—¿Recuerdas lo que dijiste al final? —me pregunta Scott. Sus labios se curvan hacia arriba—. Querías irte a casa y hacer que la noche fuera memorable.

—Estoy bastante segura de que lo hicimos —respondo—. Tres veces, si me acuerdo correctamente. Una vez en el sofá del salón, una vez en las escaleras, a medio camino de la cama, y luego, finalmente, en el dormitorio.

Zane baja la mirada hacia mí.

—¿Quieres hacerlo otra vez?

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—¿Otro juego? —pregunto alegremente—. ¿Cinco noches otra vez? ¿Cuáles son las reglas?

—Nada de cinco noches —Zane y Scott sacuden sus cabezas—. El resto de nuestras vidas.

Mi corazón comienza a latir a lo loco cuando Scott saca una cajita del tamaño de un anillo de su bolsillo.

—Este es un juego de grandes riesgos —susurro.

—El único tipo de juego que merece la pena jugar —responde Zane—. ¿Interesada?

—Oh, sí —«Sí, sí, sí, claro que sí»—. Por supuesto.



**¡GRACIAS POR LEER** la historia de Nina, Scott, y Zane! Espero que te hayan encantado tanto como a mí.



¿QUIERES MÁS ? ***La historia de Maggie – Palabras Ardientes – es la siguiente.*** Sigue leyendo y encontrarás un anticipo gratuito del siguiente libro, o comprueba los otros libros en LA SERIE ARDIENTE.



Terapia Ardiente - Mia, Benjamin y Landon

Charla Ardiente - Cassie, James y Lucas

Juegos Ardientes - Nina, Scott y Zane

Palabras Ardientes - Maggie, Lars y Ethan



¿DISFRUTAS de historias románticas contemporáneas ligeras y divertidas con un montón de picante y humor? ¿Quieres mantenerte al día con mis nuevas publicaciones, libros gratis, ofertas, y mucho más? (Puede que haya ocasionales fotos de gatos). **¡Suscríbete a mi boletín de noticias!**

## LEAN UN FRAGMENTO GRATIS DE PALABRAS ARDIENTES

**Si van a escribir historias ardientes sobre sus vecinos, no les den pollas pequeñas.**

**¿Amar a tus vecinos?** De eso nada. *No va a pasar nada.*

Ethan Burke y Lars Johansen son la perfección masculina **cincelada**, con sus **arrogantes** sonrisas, sus **abultados bíceps**, y sus **abdominales como tablas de lavar**.

También son imbéciles **ricos y arrogantes**. *Puf.*

Se supone que debo desmayarme con sus sonrisas que provocan que las bragas se derritan, **pero me niego a recibir el mensaje**. Tras nuestra pelea por una plaza de aparcamiento, les incluí en una historia caliente.

Y cuando llega el momento de describir su... ejem... equipamiento, me vuelvo tacaña. ¿Cómo de tacaña? **Piensen en cinco centímetros**.

***Autora mala.***

Por desgracia para mí, ellos **encuentran** la historia.

Y me obligan a **leérsela**. Mientras me demuestran lo **equivocada** que estaba. **Delicioso centímetro tras delicioso centímetro**.

Para que conste, están **muy** bien dotados.

***Nunca he sido más feliz de escribir una retractación.***



**Maggie:**

El Lamborghini rojo está en mi plaza de aparcamiento otra vez.

Al parecer, si tienes un coche lujoso, no tienes que comportarte como un ser humano civilizado.

Estoy preparada para volverme loca. «Estúpidos, egoístas, engreídos billonarios que se creen con derecho a todo,» murmuro para mí, irritada hasta el infinito. Mis nuevos vecinos, Ethan Burke y Lars Johansen, puede que fueran agradables a la vista, pero ninguna cantidad de sex-appeal va a evitar que llame a la grúa para que se lleven el carísimo coche deportivo italiano.

Regla de Vida Número 45: No aparquen en una plaza que esté marcada como Reservada, a menos que realmente esté reservada *para ustedes*.

Miren, no soy una cabrona. El primer día que el coche apareció en mi plaza, puse los ojos en blanco y aparqué en el aparcamiento grande a dos manzanas del restaurante. «Tal vez no vieron el letrero que dice “Reservado para el China Garden”,» pensé caritativamente. «No hagas un problema de esto, Maggie.»

Mi paciencia vaciló la segunda vez, pero apreté los dientes y dejé una nota bastante seca debajo de su limpiaparabrisas.

*Están en mi plaza de aparcamiento. El letrero que dice “Reservado” no es una sugerencia. ¿Puedo sugerirles que practiquen sus habilidades de comprensión lectora?*

Bueno, está bien. La nota sonaba enfadada, pero ¿pueden culparme de verdad? Solo porque el aparcamiento de dos billonarios esté siendo repavimentado no les da derecho a aparcar de un modo despótico en mi plaza. Podrían haberse comportado como buenos vecinos y pedir permiso, pero por supuesto, no lo hicieron. Supusieron que como eran más ricos que Dios, simplemente podían hacer lo que les viniera en gana.

«Esta vez no, cabrones.»

Mis brazos están cargados con las bolsas de la compra y, para empeorar las cosas, está lloviendo. La fría y húmeda llovizna se mete bajo mi piel y me cala hasta los huesos. Se supone que es primavera, pero el clima no parece haber recibido el mensaje. Para cuando vuelvo a mi apartamento, mi ropa está empapada, estoy temblando de frío, y estoy furiosa. Por regla general no soy una persona beligerante, pero hoy voy a llamar a la grúa para que se lleven el Lamborghini.

Marco el número de Joe Laramie.

—Joe —le digo al policía cuando contesta al teléfono—, el odioso coche deportivo de los billonarios está en mi plaza de aparcamiento —mi voz sube por la frustración—. He tenido que aparcar en el aparcamiento disuasorio del centro otra vez. Tengo frío, me siento desgraciada, y quiero romper su parabrisas con una piedra. Haz algo.

Joe se ríe de buen humor. El alto y grandulón policía fue al instituto conmigo y es uno de mis mejores amigos. Incluso fuimos juntos al baile del instituto un año. Aunque nos besamos al final de la noche, había sido como besar a mi hermano. Qué asco. Después de eso, nuestra relación ha seguido siendo amistosa y cálida, pero estrictamente platónica.

—No hace falta que dañes su propiedad, tigresa —dice con tono divertido—. Ahora mismo voy.

Ethan Burke y Lars Johansen son los más recientes residentes de New Summit, y desde que se mudaron allí un mes atrás, todo el mundo en la ciudad contiene el aliento de curiosidad sobre ambos hombres.

Según Google, fundaron una empresa mediática de vanguardia mientras aún estaban en la universidad. El año pasado se la vendieron a un gran gigante tecnológico de California por tres billones de dólares, dejando a ambos hombres con aproximadamente un billón para cada uno, e internet está lleno de especulaciones sobre lo que los dos están planeando hacer a continuación.

Al principio me había sentido excitada ante la perspectiva de tener nuevos vecinos, en especial vecinos con suficiente dinero como para restaurar el edificio de ladrillos que se estaba desmoronando al otro lado de la calle y devolverle su antigua gloria. El edificio Morris-Stanton era una monstruosidad, con ventanas rotas, pintura descascarillada, y un aire general de negligencia. Montones de posibles inquilinos han visitado el lugar, pero todos huyeron asustados por las extensas reformas necesarias para hacer que el hotel que había estado vacío tanto tiempo fuera habitable. Así que cuando se vendió el edificio el año pasado, y las cuadrillas de obreros descendieron sobre el lugar para reformarlo, me sentí encantada.

Cuando resultó evidente que mis nuevos vecinos eran unos bombones y que yo tenía una visión clara de su principal sala de estar desde mi dormitorio al otro lado de la calle, me quedé aún más encantada.

Por supuesto, debería haber sabido que todo era demasiado bueno para ser verdad. Uno no se convierte en billonario antes de los treinta siendo amable. Se consigue pisoteando a todos los demás, y sin prestar atención a las reglas y los dictados. Incluyendo los letreros sobre plazas de aparcamiento reservadas.

«Pues vaya con tus sucias fantasías, Maggie.»

Me ducho rápido, abriendo el grifo hasta que el agua sale hirviendo, y me empapo de su calor. Me siento mucho mejor para cuando bajo las escaleras. Ha dejado de llover mientras estaba en la ducha, y el sol ha salido tras tres días de llovizna incesante. Me siento casi tentada de decirle a un sonriente Joe Laramie que no me importa lo del estúpido Lamborghini.

Uno de los billonarios también está fuera, hablando por teléfono con el ceño fruncido. Joe asiente en su dirección.

—Podrías simplemente ir a decirle que mueva su coche, Mags —dice pacíficamente.

—No es su coche —respondo con brevedad—. Ethan conduce un Land Rover. Este es el coche de Lars.

Joe levanta una ceja.

—Lars, ¿eh? —dice con tono socarrón—. Maggie May, permíteme que te dé un consejito amistoso. Si quieres ligar con un hombre, no hagas que la grúa se lleve su coche. Los hombres pueden volverse un poco obsesivos con sus coches —le lanza una mirada apreciativa al coche deportivo rojo cereza que está ahora mismo en mi plaza de aparcamiento—. En especial uno tan hermoso como ese.

Desde el otro lado de la calle, los ojos de Ethan se fijan en nosotros dos. Joe levanta la mano en un saludo amistoso, y Ethan asiente con brusquedad.

Regla de Vida Número 3: No sientan lujuria por unos imbéciles.

«Gilipollas.» Probablemente piensa que es demasiado bueno para esta ciudad. Mi resolución se endurece ante el gesto desdeñoso.

—No estoy interesada en ninguno de ellos —digo, mintiendo entre dientes—. Creo que son unos imbéciles desconsiderados, y este coche está definitivamente aparcado en mi plaza. Quiero que se lo lleve la grúa.

Joe sacude la cabeza, pero saca el teléfono.

—De acuerdo —dice—. Queda en tu conciencia. Llamaré a Tom. Pero Mags, estos tipos son tus vecinos. ¿De verdad quieres entrar en guerra con ellos?

Por el rabillo del ojo veo un empapado trozo de papel bajo el limpiaparabrisas del coche deportivo de Lars Johansen. Es mi nota. El cabrón ni siquiera se ha molestado en leerla.

Es la hora de la guerra.

—Llama a la grúa —digo con voz plana.



**Lars:**

Tras un año de ser uno más de los ricos ociosos, estoy muerto de aburrimiento y más que preparado para comenzar una nueva aventura. Esta vez, en el mundo de las editoriales.

La idea de ReadStream es sencilla. Queremos crear historias con la profundidad de un libro y la experiencia interactiva de un videojuego realmente bueno. Estoy convencido de que la siguiente oleada de innovación en el mundo editorial implicará libros con experiencias de lectura mejoradas, y las cinco grandes editoriales están demasiado ocupadas protegiendo su negocio existente como para abrazar el cambio de buen grado. Nueva York está estancada, desesperada, y moribunda.

Lo cual me lleva a la reunión de hoy con Helena Wu. Helena es una agente que representa a Cara Sandoval-Nez, quien ha escrito una hermosa novela de exuberante fantasía ambientada en una América alternativa, una no descubierta por Cristóbal Colón.

Renee, mi Directora Editorial, nos ha estado presionando con fuerzas para que adquiramos esta novela para que sea nuestro primer proyecto, y tiene razón. Ahora solo tengo que convencer a la escéptica agente de que somos la mejor editorial para la novela de su cliente.

Estoy esperando que sea algo así como una batalla cuesta arriba. Somos una editorial que acaba de empezar, y se dice por ahí que tres editoriales neoyorquinas están pujando fuerte por el libro.

Y claro, la frase inicial de Helena no es muy alentadora.

—Señor Johansen —dice, dedicándome una penetrante mirada a través de sus gafas de montura negra—, ¿sabe cuántas nuevas editoriales fracasan?

Frente a mí, Ethan contiene una sonrisa. Yo pensaba que la primera pregunta de Helena sería una fácil; Ethan predijo que la experimentada agente iría directa a la yugular. Le debo cincuenta dólares.

—El noventa por ciento de las editoriales fracasan durante los primeros dos años —respondo—. He investigado, señora Wu. Déjeme decirle por qué ReadStream es diferente y por qué creo que

somos la mejor editorial para “Una Tierra Invadida por el Canto del Cuervo”.

Íbamos bien encaminados a exponer nuestros argumentos cuando, de repente, suena el teléfono de Ethan. Mira la pantalla y sale de la sala con una disculpa murmurada. Lo cual significa que la llamada es de la loca de su ex mujer, Catalina.

Suspirando para mí, vuelvo a la presentación. Catalina presionó mucho para conseguir el divorcio hacía dos años, pero en cuanto la empresa se vendió por billones, había empezado a llamar a Ethan casi todos los días. Le he dicho a mi amigo un millón de veces que bloquee su número, pero Ethan tiene un punto débil, y ese es la supermodelo de su ex mujer.

Tras cuarenta y cinco minutos de discusión, creo que lo hemos clavado. Renee y yo hemos convencido a Helena del valor de la proposición de ReadStream y, seamos honestos, el adelanto de medio millón de dólares que estamos dispuestos a ofrecerle a Cara Sandoval-Nez tampoco hace daño.

—Le expondré su oferta a Cara —nos promete Helena—. Por supuesto, ella tomará la decisión final, pero estoy segura de que quedará impresionada por lo que ReadStream está ofreciendo.

Estamos levantándonos para estrecharnos la mano cuando Ethan vuelve a entrar en la sala.

—Le dejaste claro al restaurante chino de ahí enfrente que estás aparcando allí, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí —respondo asombrado—. Tú estabas allí cuando hablé con Dominic la semana pasada. Nos pasamos casi una hora hablando de coches. ¿Por qué?

Los ojos de Ethan bailotean de alegría.

—Porque la grúa se está llevando el Lambo —responde—. Creo que deberías ir a rescatar a tu bebé, Lars.



**Ethan:**

Bueno, está bien. Admito que estoy un poco demasiado divertido por esta situación, pero honestamente, Lars es todo un bebé sobre su colección de Lamborghini, así que no puedo resistirme. Hace dos días se enfadó conmigo porque me comí una patata frita en su coche. «Una puta patata frita.» No entiendo ese tipo de obsesión. Yo conduzco un Land Rover que soportará todos los abusos a los que lo someta. Por lo que a mí concierne, un coche es una herramienta para llevarte del punto A al punto B.

Además, Lars se lo tiene bien merecido por ignorar esa nota.

Le dije a mi amigo que solucionara el malentendido de inmediato. Sí, Dominic Zhang le dijo que estaba bien que aparcara allí, pero por lo que puedo ver, el joven no vive en ese sitio, sino su hermana mayor, Maggie.

Tras otro largo festival de quejas de Catalina, esta vez de unos cuarenta y cinco putos minutos, necesito que algo me levante el ánimo, así que sigo a Lars escaleras abajo, preparado para observar el circo que va a tener lugar. La grúa ha aparcado delante del restaurante y un tipo grande está deslizado un par de plataformas rodantes bajo las ruedas delanteras del orgullo de Lars.

Esto va a ser bueno.

—¿Qué demonios está haciendo? —Lars cruza la calle corriendo, su voz se eleva por el pánico—. ¿Está intentando destrozar mi transmisión?

El conductor de la grúa detiene lo que está haciendo y se encoge de hombros con gesto de impotencia. Parece un poco aliviado de no tener que llevarse el coche.

—No hay muchos Lamborghini en esta ciudad —dice—. Estoy haciendo lo mejor que puedo.

A favor de Lars, diré que no fue un auténtico cabrón, así que no se desahogó con el conductor de la grúa. En vez de eso, se gira hacia el policía.

—Soy Lars Johansen —se presenta—. Este es mi coche. ¿Puede decirme cuál es el problema?

Cuando bajé antes, escuchando a Catalina quejarse sobre alguna cosa u otra, vi a Maggie Zhang hablando con el policía, pero ahora, cuando sale por su puerta, la observo por primera vez.

Es absolutamente preciosa.

He acudido al China Garden a pedir comida para llevar antes. He visto a Maggie allí, con su cabello recogido en un elegante moño, su cuerpo envuelto en un blanco delantal de chef. A veces, trabaja recibiendo a los clientes y otras veces está en la cocina, pero nunca le he prestado mucha atención. Siempre ha sido parte de la escena.

Soy un idiota.

Su pelo cuelga suelto sobre sus hombros, húmedos mechones rizándose alrededor de su rostro. Sus labios son suaves y rosados, su rostro libre de todo maquillaje. Claramente no lleva sujetador bajo su camiseta gris, y juro que puedo ver la silueta de sus pezones contra el fino tejido.

—El problema —dice ella, dirigiéndose hacia Lars, con su barbilla levantada y sus ojos brillando de irritación—, es que está en mi plaza de aparcamiento por tercera vez en cuatro días.

Lars le lanza una mirada incrédula.

—Vivo enfrente suyo —replica—. ¿No ha podido llamar a mi puerta y pedirme que lo mueva? En vez de hacer eso va y llama a la grúa.

Ella se cruza de brazos y el movimiento hace que sus firmes pechitos suban. Soy consciente de que los estoy mirando fijamente como si fuera un adolescente, pero no puedo evitarlo. ¿Cómo demonios no me he dado cuenta de lo preciosa y exuberante que es Maggie Zhang?

—No es responsabilidad mía asegurarme de que esté siguiendo las restricciones de aparcamiento, señor Johansen —salta ella.

Lars se pone de rodillas y examina el coche con cuidado.

—Han arañado la pintura —dice, recorriendo sus dedos por un lateral de su coche. Mira a Maggie con furia—. Debería enviarle la factura.

—Puede intentarlo —ruge ella—. Y yo la trataré del mismo modo que usted trató mi nota.

Por muy entretenido que sea esto, es hora de que yo intervenga. Cruzo la calle y levanto la mano a modo de saludo.

—Soy Ethan Burke —le dedico a Maggie mi sonrisa más encantadora—. Ha habido una especie de malentendido.

De cerca, Maggie es aún más guapa de lo que era al otro lado de la calle, y está aún más enfadada.

—El único malentendido que puedo ver —dice con frialdad—, es que piensan que por ser ricos tienen el permiso para hacer todo lo que quieran, sin considerar las consecuencias.

Mi malhumor aumenta ante esa acusación injusta e irritante. Este es el tipo de mierdas que a Catalina se le daba tan bien hacer durante nuestros dos años de matrimonio, y ya estoy harto de mujeres tempestuosas.

—Si habla con su hermano —le digo con acritud—, descubrirá que le dije a Lars que le parecía perfectamente bien que aparcase su coche allí mientras volvían a pavimentar nuestro aparcamiento.

Los labios de Maggie forman una pequeña O.

—¿Dominic les dijo que aparcaran aquí? —pregunta el policía, girándose hacia Maggie con una triste sonrisa—. La verdad es que eso suena típico de él. Parece que se le olvidó comentarte lo del acuerdo, Mags.

El rostro de Maggie se calienta por la vergüenza.

—Lo siento —le dice con rigidez a Lars—. Debería haberlo comprobado —se muerde el labio inferior, sus dientes marcan la suave piel de un modo que encuentro difícil de resistir—. Pagaré el arreglo de su arañazo.

Sin decir ni una palabra más, se gira en redondo y vuelve a entrar. El policía levanta una ceja hacia nosotros.

—Bienvenidos a New Summit, caballeros —dice—. Soy Joe Laramie. El conductor de la grúa es Tom Ramírez, quien también quita la nieve de las carreteras en invierno.

Nos estrechamos la mano con cordialidad y nos preparamos para marcharnos. Mientras cruzamos la calle, la voz de Joe nos detiene.

—No estarán planeando enviarle la factura a Maggie, ¿verdad?

Lars se da media vuelta con expresión avergonzada en el rostro. Como había predicho, mi amigo se ha calmado y se siente como un imbécil.

—No, por supuesto que no —dice—. No debería haber perdido los nervios.

Joe se ríe.

—Maggie es famosa por tener ese efecto en los hombres.

Me lo dices o me lo cuentas. Me siento un poco aturdido por nuestro encuentro, y a juzgar por la expresión en el rostro de Lars, no soy el único.

***Sigue leyendo Palabras Ardientes.***

## ACERCA DEL AUTOR

Tara Crescent escribe ardientes romances contemporáneos para lectoras que disfrutan de héroes sexis y dominantes, así como de fuertes y atrevidas heroínas.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla acurrucada en un sofá con un buen libro, a menudo con un gato en su regazo.

Vive en Toronto.

Tara también escribe ciencia-ficción romántica bajo el nombre de Lili Zander. Echa un vistazo a sus libros en: <http://www.lilizander.com>

*Encuentra a Tara en:*  
[www.taracrescent.com](http://www.taracrescent.com)  
[tara@taracrescent.com](mailto:tara@taracrescent.com)



## OTRAS OBRAS DE TARA CRESCENT

### LA SERIE ARDIENTE



[Terapia Ardiente](#)

[Charla Ardiente](#)

[Juegos Ardientes](#)

[Palabras Ardientes](#)